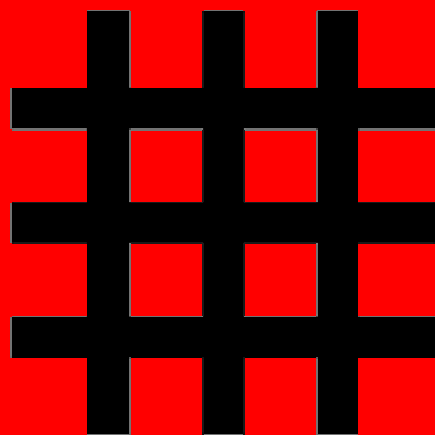


Diario de la cárcel

Corneliu Zelea Codreanu



Diario de la cárcel

Corneliu Zelea Codreanu

1938



Corneliu Zelea Codreanu

Índice

La leyenda del capitán, por Nicoară Iordache.....	1
Introducción, por Alberto Ezcurra.....	2
A cien años del nacimiento de Corneliu Codreanu, por Antonio Caponnetto.....	9
Encuentro con el jefe de los guardias de hierro rumanos, por Julius Evola.....	12
Diario de la cárcel.....	15
Martes 19 de abril de 1938.....	15
Domingo 24 de abril de 1938 (día de Pascua).....	16
Miércoles 27 de abril de 1938.....	19
Viernes 29 de abril de 1938.....	20
Domingo 1 de mayo de 1938.....	20
Jueves 5 de mayo de 1938.....	21
Domingo 8 de mayo de 1938.....	21
Lunes 9 de mayo de 1938.....	22
Martes 10 de mayo de 1938.....	22
Viernes 13 de mayo de 1938.....	23
Domingo 15 de mayo de 1938.....	24
Lunes 16 de mayo de 1938.....	24
Martes 17 de mayo de 1938.....	24
Viernes 27 de mayo de 1938.....	25
Domingo 29 de mayo de 1938.....	27
Viernes 3 de junio de 1938.....	29
Sábado 4 de junio de 1938.....	30
Lunes 6 de junio de 1938.....	30
Martes 7 de junio de 1938.....	30
Jueves 9 de junio de 1938.....	32
Viernes 10 de junio de 1938.....	33
Lunes 13 de junio de 1938.....	33
Martes 14 de junio de 1938.....	34
Miércoles 15 de junio de 1938.....	34
Viernes 17 de junio de 1938 (por la mañana).....	36
Viernes 17 de junio de 1938 (por la noche).....	36
Domingo 19 de junio de 1938.....	36
El último discurso.....	40
Notas.....	42

La leyenda del capitán

Pasará medio milenio más y por los caminos de aquel país de ensueño se contará una leyenda nueva y grande. Una leyenda que en el año dos mil cuatrocientos comenzaría así:

Había una encrucijada en el camino a seguir, allá por los años mil novecientos... Envueltas en llamas las iglesias de Oriente inclinaban sus campanarios de pena. Igual que en el Apocalipsis, la gente endemoniada se reía con desprecio y escupía los altares. Su risa desenfadada, la del ahorcado Judas Iscariote, atravesaba el siglo como una nueva religión.

Fue entonces cuando apareció en la rumana Jerusalén un hombre surgido de las sombras misteriosas del bosque.

Su abuelo había sido guardabosques en los montes de Bucovina. Era alto y delgado como el arce, rápido y flexible como una espada en la que vibra el acero de Damasco, signando cruces en el aire.

Su mano era hermosa y sus dedos de príncipe, pero su puño se hacía pesado como una roca, cuando apretaba con fuerza su pistola para vengar las injusticias.

Su frente era celestial y su corazón como el de un niño, dispuesto a llorar por los dolores de sus semejantes.

En sus ojos verdes como las aguas profundas, se daban la mano los aterciopelados verdes de la comarca de los Motzi con el país de los abedules y hayas de Bucovina y con el cielo de zafiro de los ríos de Moldavia. Se reflejaba en ellos la sombra del frescor dulce y santo de los atrios de las pequeñas iglesias perdidas en las montañas, así como el hilo de plata de los senderos de los montes rumanos.

Este hombre bajado de las cumbres encarnó en su vida el espíritu rumano, con una belleza y una autenticidad profundas que marcaron su siglo.

Venció su escudo en el que figuraba el Arcángel Miguel. Después de arrodillarse sobre las piedras de las iglesias y haber padecido tormentos en las cárceles, después de heroicos sacrificios logró reunir entre sus brazos y bajo la luz de sus ojos la voluntad joven de la nación, abriéndole el ancho cauce que ha corrido impetuoso a través de los siglos, hasta hoy...

Nicoară Iordache

Introducción

Estas notas, escritas en la cárcel de Jilava durante los meses que precedieron a su muerte, constituyen el mensaje póstumo de Corneliu Codreanu, jefe y capitán de la Legión de San Miguel Arcángel, la famosa Guardia de Hierro rumana.

¿Quién fue Corneliu Codreanu? ¿Qué vigencia tienen su doctrina y su figura para la actual juventud, desconocedora en su gran mayoría de los lazos culturales y espirituales que nos unen con la estirpe rumana, enclave latino en el misterioso mundo eslavo? ¿Cómo puede surgir su figura desde las tinieblas exteriores de una Historia reciente, conocida casi exclusivamente a través de la versión oficial, impuesta por la propaganda y los dictámenes de los bárbaros vencedores de Europa, tras repartirse el dominio mundial en el cónclave de Yalta?

Para responder a estas preguntas hemos creído conveniente presentar la figura del capitán en un breve esbozo biográfico. Su retrato más íntimo, el de su alma heroica y sangrante, lo descubrirá el lector en las páginas del *Diario de la cárcel*.⁽¹⁾

Corneliu Codreanu nace en Iași (Rumania) el 13 de septiembre de 1899. El ejemplo de su padre, el profesor Ion Codreanu, y las lecturas del historiador N. Iorga y del teórico nacionalista, el profesor Cuza, siembran en su alma joven las primeras semillas de lo que alguien definió como *el patriotismo militante de las horas de crisis*.

Niño aún, acompaña el regimiento de su padre en el frente de la Primera Guerra Mundial. Recibe la educación secundaria en el liceo militar de Manastirea, que dejará en su carácter una impronta indeleble: *“El orden, la disciplina y la jerarquía, impresos en tierna edad en mi sangre, junto con los sentimientos de dignidad militar, marcaron con su trazo rojo toda mi actividad del porvenir [...] Aquí he aprendido a amar las trincheras y a despreciar los salones.”*⁽²⁾

Su ingreso en la Facultad de Derecho, de Iași, coincide con la caótica situación de postguerra. El comunismo triunfante en Rusia amenaza violentamente a Rumania desde su interior, mordiendo en las clases más pobres, víctimas de la miseria y de la explotación. Detrás del comunismo, por un lado, y de la crisis económica, por otro, se extiende el poder de una judería fuerte por su número y su agresividad.

Codreanu hace sus primeras armas en este terreno, junto al obrero Constantin Pancu, jefe de la Guardia de la Conciencia Nacional. Como Corridoni, en Italia, Pancu busca reunir en un solo haz el amor de la patria y la justicia social. Combatiendo a su lado escribe Codreanu: *“Por mucha razón que puedan tener las clases obreras, no admitimos que se levanten más allá o contra las fronteras del país; nadie admitirá que para lograr tu pan destruyas o entregues a una nación extranjera de banqueros y usureros todo lo que ha acumulado el esfuerzo dos veces milenar de una raza de trabajadores heroicos. Tus derechos, dentro del cuadro de los derechos de la raza. No admitimos que por tu derecho rompas en pedazos el derecho histórico de la nación a la que perteneces. Pero tampoco admitimos que al socaire de las fórmulas tricolores se instale una clase oligárquica y tiránica sobre las espaldas de los trabajadores de todas las categorías y les arranque literalmente la piel, agitando continuamente las ideas de una patria que no aman, de un Dios en el que no creen, de una Iglesia en la cual no entran nunca y de un ejército al que lanzan a la guerra con las manos vacías.”*⁽³⁾

Este doble frente de combate sintetiza ya el programa político de Codreanu. Pero el movimiento que ha iniciado no se detendrá en el plano político, ni se encerrará en los estrechos límites de un programa. Como José Antonio, su gemelo español, no cree Corneliu que ninguna cosa seria, decisiva, eterna, se haya hecho sobre la base de un

programa. ⁽⁴⁾

La lucha, comenzada en la calle, se traslada a la universidad. Presidente del centro de derecho y luego de la Asociación de Estudiantes Cristianos, Codreanu irá adquiriendo un prestigio que pronto alcanzará dimensiones nacionales. Desde el movimiento estudiantil dirige la lucha por el *numerus clausus*, tendiente a rescatar la universidad del dominio hebreo, y a devolverle su esencia nacional y cristiana.

El combate universitario encuentra una amplia repercusión popular, indicio de un despertar del alma rumana. Para canalizar las nuevas energías que surgen se funda la liga de Defensa Nacional Cristiana, bajo el impulso de Codreanu y la conducción del profesor Cuza. La liga llevará a todos los rincones de Rumania la rebeldía nacida en el espíritu de los jóvenes estudiantes.

En 1923, Codreanu es encarcelado por primera vez, con un grupo de jóvenes camaradas complotados para hacer justicia en los traidores y enemigos de la nación rumana. De esta estancia en la prisión de Vacaresti surge, como indestructible fraternidad, el núcleo que ha de convertirse en eje fundacional del movimiento legionario.

La dura ascesis de la cárcel lleva al jefe a profundizar en su interior el alcance de una lucha que no puede ser meramente política. El héroe de la juventud nacional va a ser también su profeta. En la meditación de estos días de encierro comienzan a modelarse en su alma los rasgos del místico y del santo, que conducirá a los suyos al combate bajo la custodia celeste del Arcángel San Miguel. Muchos han hablado de que Codreanu experimentó una revelación o manifestación del Arcángel. Las propias palabras del capitán parecerían indicarlo: *“Jamás había sido atraído por la belleza de una imagen, pero me sentía ligado a ésta con toda el alma, y tenía la impresión de que el Arcángel estaba vivo. Desde entonces he empezado a amar la imagen. Cada vez que encontrábamos la iglesia abierta, entrábamos y nos arrodillábamos ante ella, y el alma se nos llenaba de calma y alegría.”* ⁽⁵⁾

De rodillas ante la imagen, en la capilla de la cárcel, se ofrece al Señor como víctima propiciatoria: *“Señor, tomamos sobre nosotros todos los pecados de esta raza; acepta nuestros sufrimientos y haz que estos sufrimientos fructifiquen en días mejores para ella.”* ⁽⁶⁾

El Señor recibirá esta plegaria, aceptará el ofrecimiento y lo conducirá hasta el martirio. Los frutos de esta entrega generosa perduran hoy, pese a todo, como motivo de esperanza.

Obtenida la libertad, inicia Codreanu un experimento, que en años venideros extenderá a escala nacional: el de los campos de trabajo, cuya finalidad es doble:

1) La financiación del movimiento, pues el jefe rechazará siempre las subvenciones que comprometen y esclavizan, y no cree en la validez de una organización incapaz de hallar en su propio seno los recursos necesarios para su vida y desarrollo. ⁽⁷⁾

2) La educación de sus militantes por el trabajo y el sacrificio. Ya se muestra aquí lo que ha de ser nota esencial y distintiva del movimiento legionario: su preocupación por el nacimiento de un hombre nuevo.

“El país muere por falta de hombres, no por falta de programas [...] Y por esto no debemos crear programas nuevos, sino hombres, hombres nuevos.” ⁽⁸⁾

Como si el régimen corrupto que somete la patria rumana intuyera el peligro que nace

y lo amenaza en sus raíces más profundas, la represión arrecia. Codreanu es nuevamente detenido, sus camaradas son torturados. Ya en libertad, interviene como abogado en el proceso a uno de los suyos. Es agredido en la misma sala por el jefe de los torturadores, el prefecto de policía Manciu, al que mata en legítima defensa. Codreanu retorna a la cárcel.

Saldrá absuelto del proceso, que se transforma en acusación contra los verdugos. El triunfal retorno a Iași, durante el cual Codreanu es aclamado como triunfador por decenas de miles de rumanos, en su mayoría estudiantes y campesinos, señala el alto grado de popularidad que su figura ha alcanzado. Las masivas manifestaciones de simpatía se repetirán con motivo de su casamiento con Elena Illinoiu, cuando los novios son acompañados por dos mil trescientos vehículos y una caravana de varios kilómetros. La lucha del joven estudiante ha hecho vibrar las fibras más íntimas de los corazones sanos de su patria.

Pero todo este despertar debía ser canalizado de manera orgánica, y los responsables de ello no se muestran a la altura de su misión. El profesor Cuza, excelente teórico, no posee pasta de jefe. La liga de Defensa Nacional Cristiana, tras algunos éxitos iniciales, no marcha como es debido. Los desaciertos de Cuza acabarán por dividirla, frustrando así las esperanzas de la nación y dejando apagar la luz encendida por el combate juvenil.

Estas desgraciadas circunstancias son las que se presentan ante la vista de Codreanu a su regreso de Francia, donde había ido a completar sus estudios. La división del movimiento nacional lo decide a comenzar de nuevo, habida cuenta de los errores cometidos, sobre bases diversas, por un camino original.

El 24 de junio de 1927 reúne al grupo de camaradas que compartieron con él la prisión de Vacaresti y funda, bajo su jefatura, la Legión de San Miguel Arcángel.

“Vengan a estas filas los que crean sin restricción, queden fuera quienes tengan duda”, reza la primera orden del día. Pues lo que reúne a este reducido y animoso núcleo juvenil no es ya la sola lucha universitaria, ni es tampoco un programa partidario. Es la fe. Fe en Dios, fe en la misión trascendente del hombre y de la nación. Fe en la verdad intuida, más que en doctrina nacida del cálculo o del raciocinio.

“No nos habíamos reunido porque pensásemos de la misma manera, sino porque sentíamos de la misma manera; no teníamos el mismo modo de pensar, sino la misma estructura espiritual. No teníamos [...] ni dinero ni programa, teníamos en cambio, a Dios en el alma, y Él nos inspiraba la fuerza invencible de la fe.” ⁽⁹⁾

Codreanu será el jefe, el capitán del movimiento que nace. Su figura irá creciendo hasta transformarse en prototipo del ideal encarnado en una persona, en ejemplar del hombre nuevo, cuyo logro constituirá el eje de la idea legionaria. A su alrededor se irá nucleando la juventud, cada vez más numerosa, acompañada por algunos viejos luchadores, preservados de la corrupción que genera la vida partidocrática. De la noble pureza, innata en los jóvenes idealistas, defendida por la dura ascesis y la lealtad en los ancianos militantes, surgirá la fuerza más pujante que haya conocido la nación rumana.

El carácter introductorio de estas líneas no nos permite describir en detalle la historia del movimiento legionario, desde su fundación hasta la muerte del capitán. Esta historia es tan rica en ejemplos, heroísmo y sufrimiento, que todo intento de síntesis o selección corre el riesgo de mutilarla y empobrecerla. Sirva tanto lo dicho como lo que callamos para estimular la curiosidad del lector y despertar en él deseos de conocerla.

Por mi parte he de confesar que cada vez que la releo me embarga la emoción y siento vibrar en mí las fibras de una profunda identidad espiritual. Vuelvo a ver al capitán, con

el traje regional, la cruz de Cristo sobre el pecho, cruzando a caballo los campos y las villas para anunciar a los campesinos fervorosos la resurrección de la patria, empresa vacía de promesas y repleta de exigencias de sacrificio.

Lo veo en el parlamento - como José Antonio, *diputado sin fe y sin respeto para con los mitos liberales* -, propiciando, solo contra todos, la pena máxima contra los asesinos de la estirpe.

Contemplo a aquellos que lo acompañan en la concreción de su sueño heroico:

- 1) A las Fraternidades de la Cruz, estudiantes secundarios unidos en el juramento de la sangre.
- 2) Los Campos de Trabajo, donde la reconstrucción material del país se une con el renacimiento espiritual de los voluntarios, mediante la dura fatiga y la luz que brota de las palabras con que el capitán los anima.
- 3) El Batallón de Comercio Legionario, donde el tráfico desinteresado revoluciona el concepto de la economía, liberándola de la sujeción espiritual al dinero.
- 4) El *Nido*, estructura básica de la legión que, más que *célula*, es una familia, unidad de acción, de formación y de plegaria.

Se presenta ante mi vista, finalmente, la Escuadra de la Muerte, núcleo de selección de aquellos que han decidido vivir el ideal hasta la muerte, y lo testimonian recorriendo el país, cantando y rezando, ofreciendo el testimonio de su sola presencia, golpeados una y otra vez hasta perder el sentido, arrastrados por todos los calabozos y todas las cárceles de Rumania.

Imágenes todas tan extrañas para nuestro mundo prostituido por el culto del dinero, de la carne, de la materia. Imágenes diversas, pero unidas todas por idéntico motivo: el sufrimiento, la cruz, que constituyen el centro de la historia legionaria. No en vano el distintivo del Movimiento (seis barras cruzadas) simboliza a un tiempo la cruz de Cristo y las rejas de la cárcel.

Cuando un pueblo es arrastrado por sus gobernantes a la corrupción, cuando el espíritu de una nación es prostituido por la degradación de sus jefes y responsables, no queda para la reconquista otro camino que el de la cruz y el del martirio. Para las naciones, como para los hombres, el camino de la resurrección debe pasar por el calvario. Codreanu lo ha comprendido. Por eso mide a sus hombres de acuerdo a *su capacidad de sufrimiento y de amor*. Sabe también que el Señor ha aceptado su ofrecimiento de Vacaresti. Este es, pues, el espíritu que anima las páginas de este *Diario de la cárcel*,⁽¹⁰⁾ en particular la meditación de la pasión de Jesús y los párrafos donde descubre su hermandad espiritual con San Pablo, el apóstol que deseaba completar en su cuerpo lo que falta a los sufrimientos redentores de Cristo.

Señorea la corrupción, en efecto, en la Rumania sometida a la tiranía de Carol II, rey venal, hipócrita, capaz de todas las traiciones, sensual sometido a los caprichos de su concubina hebrea, Elena Lupescu.

Y esta cúspide corrupta del Estado tenía que sentirse alarmada por el resurgimiento espiritual de la nación, causado por el tenaz avance de la Guardia y por el eco que va encontrando el testimonio personal del capitán y de sus seguidores. Difícilmente nos mostrará la Historia una suma tal de fraude, violencia, mentira e injusticia como la

empleada por Carol II, con la complicidad de la prensa judaica y los partidos burgueses y masónicos, para detener la marcha de la legión.

Pero todo ello será inútil. Como los primeros cristianos, los legionarios surgen fortalecidos de la persecución, y renacen de la tierra regada con la sangre de los caídos. El despertar legionario de Rumania se manifiesta incluso en un terreno que es propio del adversario: el de los resultados electorales.

Entonces Carol II, presionado por las logias y la sinagoga, y por su propia soberbia criminal, pierde la paciencia. Toma en sus manos la suma del poder, y nombra primer ministro al patriarca Mirón Crístea, que desempeñará a la perfección el papel de Caifás.

Somete a la Justicia y disuelve todas las organizaciones políticas, medida esta que tiene un solo destinatario real: el movimiento legionario.

Miles de legionarios llenan las cárceles. El capitán rechazando la posibilidad del exilio rumano, decide compartir la suerte de los suyos. El gran historiador y ex-nacionalista Nicola Iorga será el Judas de circunstancias. Acusa al capitán de injurias, permitiendo así que éste sea encarcelado y condenado, en abril de 1938, a seis meses de prisión.

La trampa ya se ha cerrado sobre la víctima elegida. El segundo golpe lo asestará la Justicia, sometida a los mandatos del rey. En un juicio infame, Codreanu es acusado de traición y condenado nuevamente, ahora a diez años, a pesar de que la precaria defensa permitida ha conseguido refutar todos los cargos y desenmascarado la falsedad de las pruebas.

Durante esta última prisión, en la cárcel de Jilava (cuyo nombre, que significa *humedad*, habla bien claro de las condiciones de detención), escribió el capitán el diario que hoy publicamos.⁽¹¹⁾

No hay que buscar en sus páginas un manifiesto político o un compendio de doctrina. Ellas nos muestran el alma despojada y sangrante de un hombre y un jefe que, al aproximarse al momento del sacrificio supremo, muestra hasta qué punto el ideal defendido y proclamado se ha vuelto realidad encarnada en su propia persona.

De la cárcel ya sólo saldrá el capitán para ser conducido a la muerte.

En la noche del 29 al 30 de noviembre de 1938, con el pretexto de un traslado, agentes personales del rey lo conducirán a la foresta de Tancabesti, en las cercanías de Bucarest. Allí será estrangulado, en compañía de otros trece legionarios. Los verdugos dispararán luego sobre sus cuerpos, para fraguar un intento de fuga, que será anunciado por el comunicado oficial. Así el rey, traidor y corrompido, agente de los poderes ocultos, creará haber acabado con la Legión de San Miguel Arcángel.

Más de sesenta años han transcurrido desde aquellos sucesos, y podemos afirmar que Corneliu Codreanu no ha muerto, sin temor de incurrir en figuras retóricas. El movimiento legionario - seis meses en el poder, casi setenta años bajo la persecución - sigue vivo en el exilio y en el silencio de una Rumania sometida hoy a la esclavitud marxista, pero que no ha perdido la esperanza por la que el capitán combatía en su prisión de Jilava.

Los escritos de Codreanu y las obras de historia y doctrina legionarias se editan hoy en todo el mundo, en rumano, alemán, inglés, francés, italiano, español y portugués. A su alrededor vuelve a despertarse el interés de un amplio círculo de lectores, especialmente jóvenes, que se acercan a ellas no con mero espíritu de curiosidad histórica, sino para descubrir allí la luz que ilumina una idéntica estructura espiritual y militante.

Pensamos que este fenómeno debe atribuirse a las características propias del movimiento legionario, que lo destacan con caracteres excepcionales en el variado

espectro de los movimientos nacionales surgidos en Europa entre las dos guerras mundiales.

Fue una situación de grave crisis (decadencia de las democracias burguesas, avance amenazador de la revolución comunista) lo que dio origen a estos movimientos. Su denominador común - más allá de diferencias a veces muy notables - fue el de una reacción contra el caos, lo que permite a Bardéche denominarlos *movimientos de salvación pública*.

Pero esta reacción - cuyos sostenes ideológicos van desde el conservatismo católico o monárquico hasta los socialismos nacionales de inspiración más o menos pagana - fue, por lo general, parcial. Es decir, cerrada dentro de los límites de un plano determinado, político, económico, cultural tal vez. Sólo Codreanu - aunque en esto lo acompañe en parte la intuición genial de José Antonio - fue capaz de captar las raíces profundas del desorden y las exigencias radicales del remedio. Por eso su figura trasciende la del conductor político, para proyectarse como síntesis ejemplar del santo, del místico y del héroe.

Por ello también el movimiento legionario no es un partido - en absoluto -, ni siquiera un movimiento *político* - en la acepción más o menos restringida del término -. Creemos que sería exacto definirlo como una Orden a la vez religiosa y militar - en la más noble acepción de estas palabras - que procura la transformación revolucionaria, o el reemplazo total de una sociedad en crisis mediante la instauración de un orden nuevo.

Pero la plasmación de este orden nuevo no lo obtendrá mediante un mero cambio de estructuras externas (sociales, políticas o económicas), sino a través de la interior conversión de sus militantes, por un estilo de vida que ha de configurar el hombre nuevo no en el sentido utópico del marxismo, sino dentro de la concepción paulina y cristiana.⁽¹²⁾

Este hombre nuevo nacerá del trabajo y del combate, del sufrimiento y del sacrificio. Oigamos las palabras con que el propio Codreanu se refiere a este hombre, que era ya en él una concreta realidad: *“La piedra angular de la que parte la legión es, no el programa político, sino el hombre; la reforma del hombre, no la reforma de los programas políticos. La Legión de San Miguel Arcángel será, por consiguiente, más una escuela y un ejército que un partido político. [...] Un hombre en el cual se encuentren desarrolladas al máximo todas las posibilidades de grandeza humana sembradas por Dios en la sangre de nuestra raza [...] De esta escuela legionaria saldrá un hombre nuevo, un hombre con las cualidades de héroe, un gigante de nuestra historia, que sepa combatir y vencer a todos los enemigos de nuestra patria. Y su lucha y su victoria deberán extenderse aún más allá, sobre los enemigos invisibles, sobre las fuerzas del mal.”*⁽¹³⁾

Subrayamos esta última frase, claro indicio de la visión trascendente que el capitán posee acerca del combate empeñado. El mal no se agota en las formas externas de un sistema político falso o injusto: está en el interior del hombre y tiene raíces en el orden sobrehumano del espíritu. Por ello sólo tiene sentido una lucha que abarque toda la complejidad de estos distintos aspectos. Codreanu es consciente de ello, y nos lo reitera desde las páginas de este *Diario de la cárcel*: *“La característica de nuestro tiempo es que nos ocupamos de la lucha entre nosotros y otros hombres, no de la lucha entre los mandatos del Espíritu Santo y los apetitos de nuestra naturaleza terrena. Nos preocupan y nos complacen las victorias sobre los hombres, no la victoria contra el diablo y el pecado. Todos los grandes hombres del mundo de ayer y de hoy [...] se han afanado especialmente por las luchas y triunfos exteriores. El movimiento legionario*

forma excepción, ocupándose también, aunque insuficientemente, de la victoria cristiana en el hombre, con vistas a su salvación. La responsabilidad de un jefe es muy grande. Él no debe deleitar los ojos de sus ejércitos con victorias terrenales, dejándolos al mismo tiempo impreparados para la lucha decisiva, de la cual el alma de cada uno se puede coronar con la victoria de la eternidad, o con la derrota eterna.” ⁽¹⁴⁾

Esta perspectiva trascendente del combate terreno, se ve iluminada con mayor fuerza aún por la afirmación de que la resurrección de los muertos es el fin más alto y sublime que puede tener una raza, la cual, por consiguiente, es una entidad que prolonga su vida más allá de la Tierra. A la estirpe rumana como a cualquier otra raza del mundo, Dios le ha dado una misión, Dios le ha señalado un destino histórico. La primera ley que una raza debe seguir es la de caminar sobre la línea de este destino, comprender la misión que le ha sido confiada. ⁽¹⁵⁾

Corneliu Codreanu intuyó esta misión y consagró su vida para que su patria fuera fiel al destino histórico que Dios le señalaba. Consciente de que la empresa superaba las fuerzas humanas, la confió a la custodia militante del Arcángel Miguel, guerrero victorioso de las fuerzas del mal. Por ello, y porque creemos que el martirio es generador de misteriosas potencias, capaces de cambiar el rumbo de la Historia, afirmamos viva y válida la esperanza del capitán en un mundo donde las tinieblas parecen ganar terreno cada día.

Alberto Ezcurra

A cien años del nacimiento de Corneliu Codreanu

No será fácil entender a este libro y a su autor con las categorías corrientes; menos aún, si alguien se acerca a sus páginas creyendo que se trata de un alegato ideológico, de aquellos a los que se nos tiene acostumbrados, desde un lado y del otro del horizonte partidocrático.

Ante todo, porque es el testimonio final de un hombre entera y completamente fiel. Y no es sencillo hoy, en un mundo de traiciones y de traidores consumados, inteligir el mensaje rotundo de la lealtad sin medida.

Corneliu Codreanu nació hace cien años, en una aldea de Rumania. Esa tierra que Agustín de Foxá llamó *centinela del este* ⁽¹⁶⁾ y que, al decir de Pío XII, llevaba en su estirpe el espíritu de las dos Romas, la imperial y la católica. ⁽¹⁷⁾ De ambas raíces supo ser hombre fiel desde el principio, velando por ellas, precisamente con la actitud de centinela.

Fiel en su niñez, con remembranzas de bosques seculares, durante la cual quiso acompañar a la guerra a su padre, por el honor de conocer tempranamente el combate por la patria.

Fiel en su juventud, enrolado en la escuela militar, de la que egresaría con un convencimiento y una calificación prefiguradora en su foja de servicios. El convencimiento de que la vida merece vivirse antes en las trincheras que en los salones, y la calificación de sus superiores que concluían diciendo: “*Será un buen comandante.*” ⁽¹⁸⁾

Fiel en la vida universitaria, cuando según Horia Sima, comprendió el llamado salvador del nacionalismo, que ya comenzaba a rescatar a Europa, y se lanzó a la lucha contra los *gorros rojos de los estudiantes comunistas.* ⁽¹⁹⁾

Fiel en su militancia, dentro de la Legión de San Miguel Arcángel primero, y en la legendaria Guardia de Hierro después, cuya jefatura ejerció con una actitud de servicio tan admirable como su bravura. El *ademán intrépido, el coraje indómito, la fe ilimitada*, así lo retrataba el general Antonescu. ⁽²⁰⁾

Fiel en sus principios y en sus amores, que eran tanto los altares como los hogares, los campesinos y los labriegos, los guerreros y los caballeros andantes, las glorias de la raza y el honor de la bandera, la cruz evangelizadora y la soberanía nacional plena, sin extranjerías del alma y del cuerpo que volvieran vasalla a la Tierra. Todo en su persona, lo describía Evola: “*Da inmediatamente una impresión de nobleza, de fuerza y de lealtad.*” ⁽²¹⁾

Fiel a su bautismo católico, aún en la soledad y en el abandono con que lo destrataron ciertos pastores medrosos. Él respondía a los impíos con su devoción genuina y austera, a los pusilánimes con fortaleza, a los deicidas con la proclamación marcial de la reyecía de Jesucristo, a los hijos de las tinieblas con la luz de los campanarios y de las cumbres, a los derrotados con juramentos de victoria y canciones de júbilo, y a los enemigos de Dios y de Rumania con los puños crispados y la mirada amenazante. Su figura - tergiversada u omitida por “*la actitud irresponsable de la gran prensa internacional [...] acaparada por las oficinas de la conspiración comunista*” ⁽²²⁾ - nada tiene que ver con el terrorismo, pero sí con la guerra justa, librada del modo más frontal y más límpido que pudiera concebirse. ⁽²³⁾

Fiel a sus camaradas y amigos, a sus subalternos y a sus pares, a sus padres y parientes, a su esposa y a sus hijos, a quienes llevó en su corazón hasta el instante final de la muerte mártir. Ion Moța, familiar, camarada y amigo, se lo reconoció con orgullo

en vísperas de su propio y heroico tránsito: “*Soy feliz, con la satisfacción de que he sido capaz de sentir tu llamada, de comprenderte y de servirte [...] Me muero lleno de bríos por Cristo y la legión [...] Haz, Corneliu, de nuestra patria, una tierra hermosa como el sol, poderosa y obediente a Dios.*”⁽²⁴⁾

Pero Codreanu - este varón de compromisos eternos sellados con la propia sangre -, se torna más inteligible aún, cuando se analiza su dedicación a la política. Acaso porque la política no es ahora otra cosa que recuentos electoralistas, ardidés leguleyos, internas partidarias, negociados mezquinos y floración de mediocres infatuados.

Para el capitán era abnegación y sacrificio, asistencia y cuidado del bien común, formación del hombre interior, perfeccionamiento moral, reparación y restitución de la justicia, ejercitación de las virtudes. Era una ascesis; una vía de elevación física y metafísica que, en tanto tal, debía regir el destino y la misión de los pueblos. “*Un esfuerzo contra el mal; el que está dentro de la persona y el que habita dentro de las sociedades; un esfuerzo para conseguir la perfección y la purificación.*”⁽²⁵⁾ Era, en síntesis, el anhelo tenso y fervoroso de restaurar la cristiandad. Por eso arengaba a sus legionarios, aclarándoles: “*Marchar sin fe no podemos, porque la fe es la que nos ha dado todo en nuestro empuje en la lucha [...] Vengan a estas filas quienes crean sin restricción, queden fuera quienes tengan duda.*”⁽²⁶⁾

En tamaña perspectiva, que aún concorde lo natural y lo sobrenatural, las demandas del suelo y las esperanzas celestes, no sorprende que los puntos esenciales exigidos a los patriotas lanzados al rescate de Rumania, fuesen cuatro: fe en Dios, confianza en la misión, amor a los camaradas, y el canto; esto es, cultivo de la actitud poética y lírica, hímnic y marcial. Como no sorprende entonces, que las leyes fundamentales llamadas a regir la vida de los militantes y la acción rehabilitadora de la comunidad toda, fuesen las leyes de la disciplina y del trabajo, del silencio y de la educación, de la solidaridad y del viva, bordada con peripecias y prisiones, con adversidades aceptadas alegre y coherentemente.

En su *Manual del jefe*, se vale de una alegoría para expresarlo. El legionario dispuesto al buen combate debe estar preparado a pasar por el monte del sufrimiento, por la selva de las fieras salvajes, por el pantano del desaliento. Sólo así será similar a Dios; del Dios verdadero que fue crucificado y que resucitó victorioso. Sólo así, en la molienda, dará frutos, como el grano de trigo del que nos habla el Evangelio. Sólo así, “*al final del difícil sendero de las tres pruebas, empieza la obra bella, la obra bendita para construir los fundamentos de la nueva Rumania.*”⁽²⁷⁾

Era fatalmente previsible que una personalidad de esta talla, de tamañas ideas y de congruencia probada entre las mismas y el modo de vida libremente aceptado, suscitara los odios de liberales y marxistas, y de los tenebrosos conjurados que tras ellos se mueven. Esa conjura maldita, lo encerró una noche de abril de 1938, en la inhumana cárcel de Jilava. Y después de varios meses de vejaciones, para él, sus familiares y camaradas, decidió estrangularlo por la espalda, *sin malgastar tiempo en formalidades*, como se ufanó el diario judío *Israel* de El Cairo, en su edición del 5 de enero de 1939.

Pero allí, en la cárcel, bajo circunstancias que a otros hubieran aniquilado moralmente, el capitán redacta este diario que ahora presentamos. Y que es un manifiesto hermoso de la virtud teologal de la esperanza; un testamento del decoro y de la piedad, del irrenunciable objetivo de rescatar a la patria cautiva. Son páginas escritas con dolores lacerantes, del alma y del cuerpo; en las cuales está entero el temple del prisionero. No hay odios ni resentimientos en sus palabras, no hay promesas de desquite ni injurias para sus verdugos. No hay desplantes, bravatas, rencores o lamentos. Hay oraciones y

plegarias, celebración solitaria y silente de la Pascua, lecturas de los Salmos, recuerdos para los que sufren, consignas para continuar con la batalla. Hay un genuino *experimentum crucis*, vivido y ofrecido lucidamente, cada día. Por eso, siempre nos ha parecido - y estamos pensando y pensando esta afirmación - que la figura de Codreanu pertenece más al ámbito de la hagiografía que al de la historia de las ideas políticas. Su arquetipicidad congrega lo santo y lo heroico, lo poético y lo profético, lo martirial en grado estricto e inequívoco. Vivió y murió como un soldado de Cristo.

Ante su vida y su muerte ejemplares, quede nuestra admiración sin reparos, nuestro propósito de emulación; nuestro homenaje católico y nacionalista:

*Cuando Europa regrese a sus raíces
vestida con antiguas cicatrices
como en el alba de su edad primera.
Y suba por los montes solitarios
una estirpe imperial de legionarios.
Su muerte, capitán, será bandera.*

*Cuando el Tabor se crispe refulgente
anunciando el origen de Occidente
- la razón teológica de toda historia -
O se repita el gesto de Betania
al contemplar el cielo de Rumania.
Su vida, capitán, será victoria.*

*Cuando arome el incienso y el laurel
la imagen del Arcángel San Miguel
alzada en cada altar y en cada mesa.
Habrá un canto de amor por los caídos
presentes en el rezo de los nidos.
Su nombre, capitán, será promesa.*

*Cuando el honor conduzca a las naciones
hacia el rumbo que marcan sus pendones
estampados en cruz por estandarte.
La ley del sacrificio y del trabajo
regirá inapelable como un tajo.
Su ejemplo, capitán, será baluarte.*

*Cuando su sangre que brotó en martirio
fecunde de la raza un nuevo lirio
y la luz del dolor se haga visible.
Cuando doblen campanas en los templos
celebrando el valor de sus ejemplos.
La legión, capitán, será invencible.*

*Buenos Aires, 13 de septiembre de 1999
Antonio Caponnetto*

Encuentro con el jefe de los guardias de hierro rumanos ⁽²⁸⁾

Rápidamente nuestro automóvil deja tras él esta cosa curiosa que es el centro de Bucarest: un conjunto de pequeños rascacielos y de edificios muy modernos, esencialmente de tipo funcional con unos escaparates y unas tiendas de estilo entre el parisino y el americano, siendo el único elemento exótico los frecuentes sombreros de astracán de los agentes y de los burgueses.

Llegamos a la estación del norte, tomamos una polvorienta carretera provincial flanqueada de pequeños edificios del tipo de aquellos de la antigua Viena, que conduce en línea recta hacia la campiña. Tras una media hora larga, el coche tuerce bruscamente hacia la izquierda, toma un camino campestre, se detiene frente a un edificio casi aislado entre los campos: es la llamada Casa Verde, residencia del jefe de la Guardia de Hierro rumana.

“La hemos construido con nuestras propias manos”, nos dicen con cierto orgullo los legionarios que nos acompañan. Intelectuales y artesanos se han asociado para levantar la residencia de su jefe, casi con el sentido de un símbolo y de un rito. El estilo de la construcción es rumano: por los dos lados se prolonga por una especie de pórtico, hasta el punto de dar la impresión de un claustro.

Entramos, subimos al primer piso. Viene a nuestro encuentro un hombre joven, alto y esbelto, en ropa deportiva, con un rostro abierto y que da inmediatamente una impresión de nobleza, de fuerza y de lealtad. Es justamente Corneliu Zelea Codreanu, jefe de la Guardia de Hierro.

Su tipo es específicamente ario-romano: parece una reaparición del antiguo mundo ario-itálico. Mientras sus ojos gris-azulados expresan la dureza y la fría voluntad propias de los jefes, tiene simultáneamente, en el conjunto de la expresión, una nota particular de idealismo, de interioridad, de fuerza, de comprensión humana.

Incluso su forma de conversar es característica: antes de responder parece absorberse en sí mismo, alejarse, para después, de pronto, comenzar a hablar, expresándose con una precisión casi geométrica, en frases bien articuladas y orgánicas. *“Después de que toda una falange de periodistas, de todas las naciones y colores, que no saben preguntarse sobre otra cosa que de aquello que está unido a la política más contingente, esta es la primera vez, y lo noto con satisfacción - dice Codreanu - que viene a mí alguien que se interesa, ante todo, por el alma, por el núcleo espiritual de mi movimiento. He encontrado una fórmula para contestarle a estos periodistas y decirles algo más que nada, a saber: nacionalismo constructivo.”*

“El hombre se compone de un organismo, es decir, de una forma organizada, después de fuerzas vitales, después de un alma. Se puede decir lo mismo para un pueblo.

Y la construcción nacional de un Estado, bien que ella tome naturalmente estos tres elementos, puede experimentar principalmente, no obstante, y por razones de cualificación diversas y de herencia diferente, los movimientos de uno de estos tres elementos.

Según mi opinión, en el movimiento fascista predomina el elemento Estado que corresponde al de la forma organizada. Aquí habla la potencia formadora de la Roma antigua, maestra del derecho y de las organizaciones políticas, de las cuales Italia es la heredera más pura.

En el nacionalsocialismo está, por el contrario, puesto de relieve aquello que se refiere a las fuerzas vitales: la raza, el instinto de la raza, el elemento étnico-nacional.

En el movimiento legionario rumano, el acento está puesto sobre todo en aquello que,

en un organismo, corresponde al elemento alma: sobre el aspecto espiritual y religioso.

De ahí vienen las características de los diferentes movimientos nacionales, visto que al final comprenden los tres elementos y no niegan ninguno de ellos.

El carácter específico de nuestro movimiento nos viene de una lejana herencia. Ya Heródoto llamaba a nuestros padres: los dacios inmortales. Nuestros ancestros geto-tracios tenían fe, antes incluso del cristianismo, en la inmortalidad e indestructibilidad del alma, lo cual demuestra su orientación hacia la espiritualidad. La colonización romana ha añadido a este elemento el espíritu romano de organización y de forma. Todos los siglos siguientes han disgregado nuestro pueblo y lo han hecho miserable. Pero de la misma forma que en un caballo enfermo y postrado se puede reconocer la nobleza de su raza, igualmente se puede reconocer también en el pueblo rumano de ayer y de hoy los elementos latentes de esta doble herencia.

“Y es esta herencia la que el movimiento legionario quiere despertar”, continúa Codreanu. “Él parte del espíritu: quiere crear un hombre espiritualmente nuevo, una vez realizada esta tarea como movimiento, el despertar de la segunda herencia nos espera, es decir, el de la fuerza romana políticamente formadora. Así, el espíritu y la religión son para nosotros el punto de partida, el nacionalismo constructivo es el punto de llegada, una simple consecuencia. La ética simultáneamente ascética y heroica de la Guardia de Hierro consiste en reunir uno y otro punto.”

Preguntamos a Codreanu cuál es la relación de la espiritualidad de su movimiento con la religión cristiana ortodoxa. He aquí su respuesta: “En general, nosotros tendemos a vivificar, bajo la forma de una conciencia nacional y de una experiencia vivida, aquello que, en esta religión, demasiado a menudo está momificado y ha devenido en el tradicionalismo de un clero somnoliento. Además, nos encontramos en circunstancias favorables por el hecho de que es extraño a nuestra religión, nacionalmente articulada, el dualismo entre fe y política, y de que ella pueda proporcionarnos unos elementos éticos y espirituales sin imponerse como una entidad, no obstante, política.

De nuestra religión, el movimiento de Guardia de Hierro toma después una idea fundamental: la de la ecumenicidad (el ecumenismo) Este es la superación positiva de todo internacionalismo y de todo universalismo abstracto y racionalista. La idea ecuménica es la de una sociedad como unidad de vida, como organismo viviente, como un vivir conjunto, no solamente con nuestro pueblo, sino también con nuestros muertos y con Dios. La actualización de una idea semejante bajo la forma de una experiencia efectiva en el centro de nuestro movimiento: política, partido, cultura, etc., no son para nosotros sino consecuencias y derivaciones.

Debemos revivificar esta realidad central, y renovar por esta vía al hombre rumano, para actuar luego y construir también la nación y el Estado. Para nosotros un punto particular es que la presencia de los muertos de la nación ecuménica no es abstracta sino real: de nuestros muertos y sobre todo de nuestros héroes. No podemos separarnos de ellos; como fuerzas liberadas de la condición humana, ellos penetran y sostienen nuestra más alta vida.

Los legionarios se reúnen periódicamente en pequeños grupos, llamados nidos. Estas reuniones cumplen unos ritos especiales. Aquel por el que se abre cada reunión es la llamada a todos nuestros camaradas caídos, al cual los participantes responden con un: ¡Presente! Pero esto no es para nosotros una simple ceremonia y una alegría sino, por el contrario, una evocación.”

“Nosotros distinguimos al individuo, la nación y la espiritualidad trascendente - continúa Codreanu - y en la vocación heroica consideramos lo que conduce de uno a

otro elemento de los mencionados, hasta una unidad superior. Negamos bajo todas sus formas el principio de la utilidad bruta y materialista: no solamente en el plano del individuo, sino también en el de la nación. Más allá de la nación, nosotros reconocemos principios eternos e inmutables, en nombre de los cuales se debe estar presto al combate, a morir y a subordinarlo todo, con al menos la misma decisión que en nombre de nuestro derecho a vivir y a defender nuestra vida. La verdad y el honor son, por ejemplo, principios metafísicos, que nosotros ponemos por encima de nuestra nación.

Hemos mostrado que el carácter ascético de los guardias de hierro no es genérico, sino también concreto y, por así decirlo, práctico. Por ejemplo, está en vigor la regla del ayuno: tres días por semana, ochocientos mil hombres aproximadamente practican el denominado ayuno negro, es decir, la abstinencia de toda clase de alimento, bebida y tabaco. Igualmente la oración tiene una parte importante en el movimiento. Además para el cuerpo de asalto especial que lleva el nombre de los dos jefes legionarios caídos en España, Moța y Marin, está en vigor la regla del celibato.”

Preguntamos a Codreanu acerca del sentido preciso de todo esto. Parece concentrarse un momento, después responde: “Hay dos aspectos para clasificar los cuales hay que tener presente en el espíritu: el dualismo del ser humano, compuesto de un elemento material naturalista y de un elemento espiritual. Cuando el primero domina al segundo es el infierno. Todo equilibrio entre los dos es una cosa precaria y contingente. Sólo el dominio absoluto del espíritu sobre el cuerpo es la condición normal y la premisa de toda fuerza verdadera, de todo verdadero heroísmo.

El ayuno es practicado por todos porque favorece a una tal condición, debilita las ataduras corporales, estimula la autoliberación y la autoafirmación de la voluntad pura, y cuando a esto se añade la oración, pedimos que las fuerzas de lo alto se unan a las nuestras y nos sostengan invisiblemente, lo cual conduce a un segundo aspecto: es una superstición pensar que en cada combate sólo las fuerzas materiales y simplemente humanas son decisivas; entran en juego por el contrario, igualmente fuerzas invisibles, espirituales, al menos tan eficaces como las primeras. Somos concientes de la positividad y de la importancia de estas fuerzas.

Es por esto por lo que damos al movimiento legionario un carácter ascético preciso. En las antiguas órdenes caballerescas también estaba en vigor el principio de la castidad. Subrayo de todos modos, que entre nosotros se restringe a los cuerpos de asalto, sobre la base de una justificación práctica, es decir, que para aquel que debe volcarse enteramente a la lucha y no temer la muerte no deberán existir impedimentos familiares. Por otra parte, se permanece en este cuerpo solamente hasta los treinta años cumplidos. Pero, en todo caso, permanece siempre una posición de principios: hay de un lado aquellos que no conocen sino la vida y que no buscan por consecuencia sino la prosperidad, la riqueza, el bienestar, la opulencia; del otro hay aquellos que aspiran a algo más que la vida, a la gloria y a la victoria en una lucha tanto exterior como interior. Los guardias de hierro pertenecen a esta segunda categoría.

Y su ascetismo guerrero se completa con una última norma: con el voto de pobreza al que está obligada la élite de los jefes, por los preceptos de renunciamiento al lujo, a las diversiones sin contenido, a los pasatiempos llamados mundanos, en suma, por la invitación a un verdadero cambio de vida que hacemos a cada legionario.”

*Bucarest, marzo de 1938
Julius Evola*

Diario de la cárcel

Martes 19 de abril de 1938

Son las nueve de la noche. Conducido por un capitán de gendarmes y por un suboficial, bajo las escaleras del consejo de guerra.

Afuera, el coche celular. Cada vez que veo este vehículo, se me agria el alma.

Se abre la puerta y subo. Dentro, tinieblas. Se destacan las sombras de cuatro soldados. “*Cargad las armas*”, oigo que manda el suboficial. Partimos. Pasamos por calles iluminadas. En un momento dado, me doy cuenta que me hallo sobre el puente de la Izvor (fuente), frente a la casa del general Cantacuzino, donde hasta hace pocos días habíamos tenido nuestra sede. Y volveremos a tenerla, con la ayuda de Dios.

Seguimos por el muelle del Dámbovitza. “*Me llevan a Vacaresti*”, me digo. Y pasan las calles una tras otra.

Pero de pronto siento que hemos salido fuera de Bucarest. Ya no oigo ruido de coches, autos y tranvías y no veo ya luces por las rendijas de la ventanilla.

El auto huye por la carretera hacia lo desconocido.

Por fin, es detenido por un cordón de centinelas.

“*¡Paraos! ¿Quién es?*”

“*Deja pasar, es la policía.*”

Después, otro alto.

Por último nos detenemos. Desciendo en Jilava, frente a la secretaría. Aquí hay un fuerte en la línea del cinturón de Bucarest, construido en tiempo del rey Carol I, pasada la guerra de 1877. Hoy es prisión militar.

En ella han padecido Moța, Marin, Ciumeti, el general y centenares de los nuestros, en 1933 y 1934.

Entramos. Al cabo de algún tiempo llegan el mayor, comandante de la prisión, y dos oficiales de la compañía de guardia.

Reciben instrucciones por teléfono.

El capitán y el suboficial de gendarmes que me trajeron aquí parten, despidiéndose de mí con pesar. Dos almas selectas, que hacen excepción en el cuerpo de la gendarmería.

El mayor me pide la corbata. Luego el dinero: 1.000 lei. Se me registran los bolsillos. Horrible. Pero así es el reglamento. Parto con el teniente Mastacán, encuadrado por cuatro centinelas con bayoneta calada.

Estoy cansado.

Entramos en el fuerte y penetramos por corredores tortuosos, largos, llenos de sombra. Me da en el rostro un olor frío y húmedo de moho.

Soy introducido luego en una especie de sótano de unos seis metros de largo y cuatro de ancho.

A uno y otro lado unas tablas, puestas sobre caballetes de madera, forman dos camas grandes, comunes. Una ventana con rejas de hierro da a una pared del fuerte, que se levanta a unos diez metros de distancia. Encima de este sótano hay cerca de cuatro metros de tierra. Las paredes exteriores tienen un espesor de un metro y medio. Abajo: cemento.

Si viese fuera a un hombre, que sólo por media hora deseara dormir en semejante subterráneo, le detendría y le diría: “*No lo intentes; serás infeliz.*”

El suboficial me trae una estera y dos groseras mantas. Las coloca sobre las tablas. Bajo la cabeza, nada.

El teniente que ve en esto una falta de la más elemental humanidad, se siente molesto y se excusa diciendo que así es el régimen carcelario. Me pregunta si no tengo una boina para guardarme del frío la cabeza. ¿Cómo la tendría?

Me dice algunas palabras bondadosas y parte, cerrando la puerta con cerrojo. De abajo, de arriba, de las paredes toscas, de todas partes, frías saetas de humedad me traspasan el cuerpo. Parece que estos muros extraños, hostiles, en los cuales no reconoces nada tuyo y entre los que no ves a nadie de los tuyos, tan sólo esperan una vida de hombre que puedan consumir, enviando miles de dardos, como verdaderos rayos de la muerte, sobre el cuerpo del pobre condenado.

Me acuesto. Una larga noche.

Domingo 24 de abril de 1938 (día de Pascua)

La humedad me cala hasta los huesos.

Respiro un aire de gruta y siento los pulmones atravesados por agujas, por balas.

Me tiendo en la cama de tablas, pero me duelen los huesos. Estoy cinco minutos de un lado, cinco minutos del otro. Me vuelvo sobre el costado izquierdo. Oigo cómo me late el corazón. ¿O caen de él gotas de sangre?

Se escurre la vida del agotado cuerpo.

¡Oh, patria! ¡Cómo recompensas a tus hijos!

Me duermo. Veo en sueños a mamá y a Elvira Garneata. Elvira me daba de beber en un gran jarro con agua, mientras que mamá decía: *“Muy mal lo pasamos. Me he trasladado aquí.”* (era en una aldea del arrabal de Husi, hacia el Prut) Yo le contestaba: *“Me voy hasta arriba de la colina, con Nicoleta y Horodniceanu, y, cuando vuelva, te dejaré dinero. No tengas ninguna zozobra.”*

He partido. Era de noche. Una luna llena, resplandeciente, iluminaba la Tierra.

Temo que le ocurra algo.

Quedó otra vez sola. Un yerno muerto en España; una hija que ha quedado con dos niños huérfanos de padre. Yo, en la cárcel. Otros cuatro hijos también en la cárcel o a punto de ser encarcelados. Detrás de uno de ellos también quedan cuatro niños, sin un pedazo de pan.

Mi padre, que había marchado a Bucarest a fin de cobrar su pensión para las fiestas, no regresa. Está arrestado y ha sido llevado a un lugar desconocido.

Nadie sabe de su suerte.

En casa, por Pascua, nos espera la madre a todos, para celebrar las fiestas con ella. Son tan pocas las alegrías de una madre anciana, fuera de las de ver reunidos junto a sí a sus vástagos...

Nuestra casa, por Pascua, está desierta. Nadie de los esperados. No hay ningún alma junto a la madre. Los extraños, todos la evitan, y por miedo ya no entran a verla.

Palpita un corazón abandonado y nos busca a todos por las cárceles; corre detrás de cada uno por nuestras celdas para encontrarnos, para consolarnos, para besar nuestros amargados cuerpos.

¿Pero cómo, cuando nadie te dice nada y no recibes ninguna noticia?

Oh, madre que lloras sola en casa, en tu rincón, y a quien nadie ve, debes saber que también nosotros lloramos por ti en este día de Pascua, cada uno en la celda nuestra.

Ayer, sábado, he rogado que se me envíe un barbero para que me afeite la barba, crecida despeluznadamente en una semana sobre mi rostro helado. Ha venido el peluquero de la cárcel, un pobre gitano penado. Me ha afeitado y así he podido lavarme

la cara por primera vez en esta semana.

Espero la resurrección del Señor.

¿Si pidiera una vela al suboficial? Aquí no tiene donde comprarla, pero quizá tendrá alguna de sobra en su casa.

Los dos oficiales, el teniente Mastacán y el teniente... han venido también a hacer su servicio antes del cierre. Sobre todo porque en la cámara adonde desde ayer he sido llevado no se enciende la luz.

¡Qué desgracia! Me pasa por la cabeza que es un mal presagio. Por primera vez en la vida pasaré la resurrección sin luz. En tinieblas. Solo.

Pero los oficiales, después de varias tentativas, han encendido la luz.

Me han traído también una pequeña velita de cera que me han entregado con particular benevolencia.

Ellos, en los pocos minutos de visita reglamentaria, dos o tres veces al día, no hablan conmigo. Ni ellos tienen nada que decirme, ni yo les pregunto nada. Sus únicas palabras son: “¿*Tiene usted necesidad de algo?*” A lo cual yo respondo siempre: “*No.*”

Pero siento en sus ojos que ellos comprenden toda mi tragedia moral. Comprenden la importancia de mi culpa y de la responsabilidad que implica la dirección de un movimiento que abarca a más de un millón de almas, en el cual se juega la suerte de una nación, como también comprenden los dolores que traspasan mi corazón por los de casa y por cada uno de los centenares y hasta millares de legionarios que en este momento reciben los mismos ásperos tormentos.

Comprenden también la situación de humillación en la que estoy lanzado. Pues la privación de libertad es una cosa, más lo que se está haciendo conmigo aquí es la humillación, es la degradación hasta el máximo del ser humano.

Lo que no comprenden quizá son las maquinaciones y todos los diabólicos planes que se preparan para mi aniquilación y la de mi movimiento.

Se busca a todo precio algo para arrancar una condena grave. Sea la reapertura en alguna forma del proceso Duca, sea mi involucración en el proceso Stelescu, sea la declaración como anárquico y terrorista del movimiento legionario, y la tentativa de condena sobre este tema. Una condena se obtiene fácilmente por orden.

No obstante, la opinión pública podrá discernir en su conciencia nuestra inculpabilidad.

Y nuestro sacrificio subirá hasta el cielo, y Dios, el supremo juez, nos oirá también a nosotros.

Mi alma está cargada de injusticias.

Me he tendido sobre este lecho de tablas. Espero que sean las once de la noche, la hora en que la gente empieza a marchar a las iglesias. Me envuelvo en el gabán. No puedo apoyarme sobre la espalda, pues me duele algo que no puedo distinguir: el espinazo o los riñones.

A través de las hendiduras de las tablas, a través de la estera y de la manta, viene una corriente fría desde el pavimento, que pasa también a través de los vestidos y se detiene en los extenuados costados.

Me vuelvo hacia la derecha y encojo mis rodillas hasta la boca. Las caderas me duelen. Tengo la impresión de que en ellas madura un absceso, que hay pus. No puedo estar sobre un lado sino cinco minutos. Vuelvo hacia el otro, percibo la misma sensación dolorosa.

Pienso en la querida niña (Catalina), y en cómo duerme ella, con los dedos en la boca y soñando en Papá Noel que le trae juguetes.

Por las fiestas de Navidad dormíamos en la cama con ella. De pronto la oigo chillar a través de su sueño. La despierto: “¿*Qué es esto, querida? ¿qué ha ocurrido?*”, “*Papá Noel ha caído sobre la casa con un saco de juguetes.*” Un ángel inocente que ignora todos nuestros dolores. Apenas cumplió cuatro años.

Serán las once. Me levanto, me lavo, me visto con el abrigo. Me siento en el borde de la cama y miro el desierto que me rodea.

Estoy solo.

Recuerdo que he celebrado otras dos Pascuas en prisión. En 1925 en Focsani y en 1929 en Galata. Pero nunca he estado tan triste, con tanto dolor en mí y abrumado por tantos pensamientos.

Tomo el librito de oraciones y comienzo a leer. Ruego a Dios por todos. Por mi mujer, tan agobiada y dolorida; por mi madre que otra vez debe haber visto como invaden su casa y la atropellan los comisarios de Husi; por mi padre, que Dios sabe en qué celda yace esta noche; por mis hermanos, que se encuentran en el mismo caso; por los soldados legionarios, viejos o jóvenes, estos bravos mártires de la fe legionaria, arrebatados de sus casas y llevados quién sabe por qué prisiones.

¡Cuánto dolor y cuántas lágrimas no habrá ahora en centenares de familias rumanas!

Ruego después por todos los muertos. Abuelos y parientes, como también amigos que me han querido y ayudado en vida.

Les veo a todos, uno tras otro. He aquí al señor Hristache... y, detrás de él, a Ciumeti, con el grupo de legionarios mártires caídos en su tiempo.

Al frente de todos, grande, veo su figura como en un cuadro... viejo, viejo de medio millar de años, con los cabellos largos y con corona en la cabeza, es Esteban, príncipe de Moldavia.

Ruego por él. Me ha ayudado en tantas y tantas luchas.

He aquí también a nuestro general, este héroe legendario, con su serie de mártires legionarios, con los caídos en los últimos combates.

Y junto al general, en camisa verde y brioso, está Marin, el héroe de las llanuras españolas.

Moța, querido hermano Moța, se me rompe el corazón cuando te miro. Ambos hemos comenzado esta lucha, casi niños, hace quince años. Te veo ágil e intrépido, afrontando las adversidades y taladrando con ojos de acero el corazón de los enemigos.

Te veo más tarde abrumado de dificultades y de pobreza, en una patria en la cual para Ion Moța no se encontraba pan. Para esta miseria de pan, en Rumanía no bastaba tu gran cabeza, te hacía falta, además, un corazón de traidor.

Te veo trabajando desesperadamente. Te veo obteniendo éxitos brillantes en los exámenes, en la prensa, en los tribunales, en la cátedra.

Te veo arrastrado a la cárcel, humillado y lleno de amargura. Te veo, los hombros curvados y el alma enlutada por tantos ataques miserables, temblando y llorando por mí.

Y te veo partiendo a la muerte, para dar a esta estirpe la prueba suprema. Para liberarnos a nosotros por tu muerte. Para abrir, con tu pecho destrozado, con tus piernas rotas, el camino de la victoria de una generación.

Y míranos ahora a nosotros, querido Moța. Yo estoy echado como un perro aquí... sobre estas tablas. Me duelen los huesos y me tiemblan las rodillas de frío.

Todos los nuestros, toda la flor de esta Rumania, yace postrada quién sabe en qué calabozos.

Señor, te ruego en esta noche de resurrección, que aceptes mi sacrificio. Toma mi vida. Porque a ti ¡oh patria! no te hacen falta nuestras fuerzas. Tú quieres nuestra muerte.

Habrán pasado las doce. Quizá también la una. Enciendo la vela y digo para mí: “*Cristo ha resucitado.*” La gente por las aldeas y ciudades, vuelve a casa, con las velas encendidas. Todos los nuestros, nuestras familias, lloran en esta noche.

He abierto una caja de sardinas y he comido una de ellas. Desde el lunes por la noche no he comido nada.

He bebido media taza de agua y acurrucado sobre la estera, me duermo...

Miércoles 27 de abril de 1938

Han pasado también los tres días de Pascua y ninguno de mis conocidos ha venido a verme. Seguramente no han obtenido permiso, o quizá estarán a su vez arrestados en alguna parte.

¡Lentamente transcurre el tiempo cuando se está solo! En este calabozo no entra nadie, sino tres veces al día y sólo un momento: por la mañana cuando abren, a las doce cuando me traen la comida de la olla común, y por la noche.

El sol no penetra dentro más que algunos minutos por la tarde, alrededor de las cinco y entonces solamente por un ángulo de la ventana.

Paso el tiempo acurrucado al borde de la cama y escribiendo de vez en cuando sobre papel de empaquetar, estas líneas. Aquí no existe ni mesa ni silla. Una punta de lápiz extraviada en algún bolsillo está casi terminándose. Apenas puedo tenerla entre mis dedos.

El resto del día estoy tendido bajo la manta. Pero la humedad atraviesa la manta y siento mis vestidos mojados. Desde hace una semana que estoy aquí, no me he desnudado ni una vez y no me han sacado fuera al sol ni siquiera media hora para calentarme.

Ayer me visitó el comandante, el Dr. Holban. Un hombre admirable. El mismo que tuvo a su cuidado a los nuestros en 1933. Los conoce a todos. A pesar de que no quiero quejarme a nadie y tampoco hacer ninguna petición, le dije que siento dolores en la parte inferior de la columna vertebral y en los hombros. Me ha contestado, riendo amistosamente: “*Esto se llama carcelitis y no se cura con nada.*”

Soñé esta noche a Moța, que me decía: “*Me soltaron. Ellos mismos se han avergonzado. Ahora me voy a Craiova.*” Salió, subió a un taxi y se fue.

También el general Cantacuzino. Estaba vestido con la camisa verde que llevaba cuando se marchó a España. Había venido a visitarme con mi padre, el coronel Zavoianu y Garneată. Se reía a carcajadas porque me encontraba sin vestir.

Siempre pienso: ¿dónde estarán los demás? ¿sabrán sus familiares dónde se hallan? ¿estarán dispersados por las diversas cárceles del país? ¿internados en campos de concentración? A quienquiera pregunte, nadie me da información alguna.

En los periódicos, ni tan sólo se han publicado sus arrestos. Nada. Solamente se sabe que en la misma noche en que fui arrestado, les han arrancado a ellos también de sus casas; les han conducido al liceo Mihai Viteazul, donde permanecieron detenidos un día y después fueron llevados hacia una dirección desconocida. Entre ellos se encuentran: mi padre, el coronel Zavoianu, Polihroniade, Alexandru Cantacuzino, etc., y algunos sacerdotes: el profesor universitario, el padre Cntescu, el padre Georgescu-Edineti y el padre Andrei Mihailescu, que no tiene otra culpa que la de ser el párroco de la iglesia a la que pertenece nuestro centro. Él no está enrolado en el movimiento legionario como tampoco el padre Georgescu-Edineti, el cual también tiene como única culpa la de ser el párroco de la iglesia de los estudiantes. Sospecho que el número de los detenidos sólo

en Bucarest, pasa de cien; profesores, abogados, médicos, ingenieros: la flor de la intelectualidad rumana.

Ninguno de ellos tiene culpa alguna. Están detenidos sin orden de arresto, fuera de la ley, por encima de la ley, contra todos los principios de humanidad.

Tanto y tanto han sido violadas las casas de los legionarios, que para restablecer la justicia en la futura Rumania, el nombre de legionario tendrá que convertirse en algo sagrado. Que ninguna fuerza pública pueda penetrar en su casa. En caso de delito, solamente su jefe jerárquico podrá hacerle registros o disponer su arresto. Es un derecho de reparación indiscutible, que merecen los portadores de este nombre, tan calumniado, pisoteado e injustamente tratado hoy.

Viernes 29 de abril de 1938

¡Oh, Señor, que largo es el día!

Domingo 1 de mayo de 1938

Ayer, por primera vez me han sacado fuera de este sótano. Mis piernas vacilaban.

Entre cuatro soldados con bayoneta calada, fui llevado arriba a la secretaría, donde me esperaba el capitán fiscal Atanasiu. Me ha invadido el horror. Pues ya no tengo ninguna confianza en la Justicia. No es Justicia la que juzga por *orden* y no según conciencia.

Me sometió a un largo interrogatorio, desde las seis de la tarde hasta las dos de la madrugada.

Al lado se oían, desde una habitación voces de niños y vida de familia. Tenía la impresión que para mí no llegarían jamás estos días. Eran una especie de adiós que el mundo mandaba a alguien que ya no debía volver a vivir nunca en él. Y aquellas voces infantiles me recordaban a Catalina, la niña.

El capitán me interrogaba continuamente. Sus preguntas se referían a los siguientes puntos:

¿El partido todo por la patria, es la antigua Guardia de Hierro que ha sido disuelta?

El juramento de los legionarios.

El significado de la palabra capitán.

¿El juez legionario no se sobrepone al juez del Estado?

Las órdenes secretas del ministerio, que se referían a la campaña electoral, o a las medidas contra mi organización.

¿Qué objetivo tenía el cuerpo de los ex-militares?

¿El cuerpo Moța-Marin?

¿La apología del crimen, por distinción en grado y la cruz blanca de los muchachos encarcelados?

La asociación secreta: los amigos de los legionarios.

Y por este camino el caso Duca. Si no he ordenado yo *su asesinato*. Ergo, una tendencia a la reapertura de este proceso, del cual yo he salido absuelto por unanimidad, como la mayor prueba de nuestra inocencia; de la mía, de la del general y de los demás camaradas.

Sobre el senado de la legión y el reglamento hecho por el general dando a la organización un carácter paramilitar.

Pero aquí no se trata de ningún proceso en el cual se juzgue humanamente, sino de una persecución carente de justicia, de legalidad y de humanidad, en la que solamente

Dios puede intervenir con su omnipotencia.

A las dos de la madrugada regreso entre las mismas bayonetas, al lugar de descanso.

¡Y tendré mucha añoranza de la niña! En el camino de vuelta, de nuevo pensaba que no saldré más de aquí. Me ha invadido un gran deseo de ver a la niña. Y andando entre los centinelas murmuraba: “*Me hará falta la niña.*” Se me oprime el corazón de dolor.

Hoy, lunes, 2 de mayo, ha venido el fiscal otra vez y el interrogatorio ha terminado.

Jueves 5 de mayo de 1938

Sigo todavía aquí, en esta triste celda. Estoy solo, hora tras hora y día tras día, sin ver rostro de hombre, más que cuando me traen la comida.

De mi casa nadie ha venido, porque no se les permitió.

Me enteré que el pobre Horia, mi hermano, está en otra celda, peor que yo todavía. Mañana tiene lugar su proceso. Que Dios le ayude. Ruego por él. No forma parte de nuestro movimiento y ni siquiera sé por qué motivo está arrestado.

Hacia las cuatro, entró en mi celda el suboficial encargado del registro y me anotó en las listas de la prisión, en calidad de condenado por seis meses, anunciándome que quedaré en libertad el 15 de octubre.

¡Qué bien sería, si no fuera por las maquinaciones que se preparan ahora contra mí! Pero creo que Dios las dispersará con su luz vencedora.

También hoy, jueves, 5 de mayo, tuve la primera alegría, o mejor dicho la segunda, porque la primera fue cuando me trajeron la maleta en los primeros días.

Recibí de casa un paquete con jamón, pescado frito, dos cajitas de queso y dos panes frescos; igualmente un gorro y un chaleco, dos pares de calcetines de lana y zapatillas. Me he alegrado: era una señal de los míos. No he podido verles, pero su señal me calienta el corazón.

El chaleco de piel me preservará del frío. Hasta ahora, durante estos quince días, no creo haber comido ¡más que un pan! He dormido siempre vestido y fuera no me han sacado ni siquiera cinco minutos. Estoy lleno de pulgas y los piojos me pican toda la noche.

Domingo 8 de mayo de 1938

Ayer por la noche ha venido el magistrado instructor, el comandante Dan Pascu, para notificarme que se me va a juzgar por traición. Me quedé por un instante estupefacto.

Me ha explicado que se trata de la retención y publicación de documentos secretos que interesan a la seguridad del Estado y que caen dentro del artículo 191 del código penal, bajo el título *traición*.

Fui sometido a un interrogatorio sobre las seis órdenes enviadas por los prefectos, o jefes de la gendarmería, a sus subordinados, todas referentes a ardides político-electorales dirigidos contra mi organización. Ninguna interesaba a la seguridad del Estado rumano.

Había una del prefecto de Prahova, dirigida a los directores de las fábricas, judíos de la misma provincia, pidiéndoles que despidieran a los obreros legionarios. Otra del general Bengliu, que interesaba al cuerpo de los gendarmes y que me trajo alguien de los círculos nacional-campesinos del café *Corso* o *Athené Palace*.

He vuelto a mi celda con el corazón traspasado.

¡Yo, jefe de un movimiento nacionalista, ser juzgado por traición!

No he comido nada más. Me he dormido muy tarde, sobre mi camastro y he estado revolviéndome toda la noche. Por la mañana me desperté gritando en sueños: “¡Oye, querido Moña, seré juzgado por traición!”

¡Señor, Señor, qué largo es el día!

Horas y días enteros paso sin cambiar palabra con nadie. ¿Cómo estarán mi esposa y la niña? He oído que están detenidas en la Casa Verde. No puedo imaginarme por qué. Quizá para que no vengan a verme. ¿Y mi padre? ¿En qué campo de concentración estará?

¿Habrá llegado alguien hasta él para llevarle alguna cosa de comer o algo de abrigo? No sé nada. ¿Y la pobre madre? ¿Cómo soportará esta nueva carga? Nuestra tranquila casa, escondida entre los albancoqueros floridos, desde 1922 sólo es campo de registros en plena noche y de tristeza. ¡Correr tantas veces de habitación y sin encontrar ninguno de los tuyos; no saber nada de su suerte; decirte tu corazón de madre que se hallan en los más tremendos sufrimientos; ser tu vida sólo un llanto y un suspiro...!

La veo como cubre su cara con las manos y llora. Y siento dolorido su corazón. ¡Señor, Señor, tantos dolores en nuestra casa! ¡Y desde tantos años...!

Lunes 9 de mayo de 1938

Hoy vino de nuevo el comandante Dan Pascu. Y yo, de nuevo fui llevado entre las bayonetas hasta arriba a la secretaría. Al salir fuera y reencontrar el sol, el aire y el calor, sentí como una caricia. Parecía que por entre las bayonetas que me escoltaban, el cielo me bendecía.

El comandante me anunció que la instrucción se ha terminado y que escoja los defensores. Pero, ¿quién va a defenderme? Cuando todos nuestros abogados están detenidos, ¿sé yo quién consentirá en encargarse de mi defensa? He quedado en que lo pensaré hasta el jueves.

Me dijo también que se ha publicado en los periódicos la requisitoria del capitán Atanasiu. ¿Qué habrán dicho los muchachos y todos los míos, cuando la leyeron? ¡Cómo deben haber llorado mi madre y mi pobre esposa! ¡Procesado por *traición*...!

He vuelto otra vez a esta mazmorra llena de frío y estoy pensando. No tengo a nadie con quien aconsejarme.

Estas malditas órdenes de los gendarmes y policías con carácter electoral, ¿afectan ellas a la idea de la seguridad del Estado? ¿se encuadran en aquellos terribles artículos 190 y 191, que castigan con penas de cinco a veinticinco años de trabajos forzados?

Estoy atormentándome a mí mismo.

Pediré un papel, haré una instancia dirigida al jefe de la prisión, para que permita a mi esposa visitarme, a fin de preparar la defensa. Pero, ¿cómo va a venir si está detenida en su casa? ¡Estará torturándose ella también! Estará sola, triste y sin esperanza de parte alguna. Sola con la niña.

El único apoyo: Dios y la Virgen Santa.

Martes 10 de mayo de 1938

Desde que estoy aquí, en esta situación difícil, no he molestado a nadie con ninguna especie de petición. Hoy he entregado la siguiente instancia dirigida al señor jefe de la prisión:

Señor comandante:

El abajo firmante, Corneliu Zelea Codreanu, en su calidad de detenido, con el debido respeto ruega a usted que envíe a las autoridades militares mi petición para resolverla.

Habiéndose terminado la instrucción de mi causa y habiéndose abierto contra mí acción pública en virtud del artículo 191 del código penal, pido permiso para ver que mi esposa me visite, lo que me es urgentemente necesario para la elección de los abogados y la preparación de mi proceso, proceso que va a ser juzgado según el procedimiento sumario.

La acción abierta contra mí, implica discusiones doctrinales e investigaciones de jurisprudencia que no pueden efectuarse en un corto tiempo.

Por eso pido, para las necesidades de mi defensa, le sea permitido, urgentemente, que venga a verme.

A la vez, le ruego me autorice para expedir el adjunto telegrama dirigido a mi esposa.

Reciba, le ruego, la seguridad de mi respeto.

Corneliu Zelea Codreanu

Viernes 13 de mayo de 1938

Ayer estuvo otra vez en mi celda el comandante Dan Pascu. Tenía que cumplirse la última formalidad para dejar concluida la instrucción.

Pero, con sorpresa mía, se me ha abierto acción pública por otros dos delitos:

- 1) Que he armado a los ciudadanos del país, intentando promover una guerra civil.
- 2) Que me he puesto en relación con un Estado extranjero, para provocar una revolución social en Rumania.

Bien entendido, que ninguna de estas acusaciones contiene ni la más mínima verdad.

¡Qué terrible es forcejear bajo las acusaciones injustas! Pero Dios lo ve todo.

Dicen que el lunes va a cumplirse la última formalidad de la instrucción y va a fijarse una fecha para el proceso.

Espero ahora el domingo. Tal vez vendrá alguien de los míos. Me he enterado que mi hermano Horia ha sido condenado a un mes de cárcel y se le tiene también incomunicado, en una situación mucho peor que la mía. Que está muy delgado. Me entristezco por él. Ruego a Dios que le ayude.

Anoche tuve un huésped. Cuando me trajeron la comida, un perro se había colado por entre las piernas de un suboficial. Salió de debajo de la cama, cuando volvieron a cerrar la puerta. Ha cenado conmigo; le di de lo que tenía y comió hasta saciarse. Hemos hablado un rato y después se acostó sobre el cemento. También yo, me tendí sobre mi estera. Le hice señal que subiese. Vino y se tendió a mi lado, después de lamerme la mano. ¿Será acaso un buen augurio? Se quedó quieto. Sentía junto a mí la respiración de otro ser. Hacia medianoche ha querido salir fuera. Le subí a la ventana y a través de la reja, se fue.

Domingo 15 de mayo de 1938

Otra vez ha pasado un domingo y tampoco ha podido verme nadie. A mediodía me trajeron de casa, asado, pan blanco y, en un termo, caldo de gallina caliente.

Me lo habrán traído mi pobre madre y mi esposa. ¡Qué carga pesará sobre sus almas!

He probado unas cuantas cucharadas del caldo, pero la debilidad del cuerpo y los dolores del alma no me dejan comer. Así que hora tras hora se seca la carne sobre mí. A pesar de todo, crece en mi corazón la fe en Dios. Ruego todos los días a la Virgen y a San Antonio de Padua, por cuya protección me he salvado en 1934. En estos tiempos de tormenta son mi único consuelo.

Lunes 16 de mayo de 1938

Esta mañana ha venido el comandante Dan Pascu y finalmente ha terminado el calvario de esta instrucción.

A cada instante me pregunto: ¿quién sabe qué documentos falsos introducirán en mi causa y qué nuevas acusaciones van a lanzar sobre mis debilitados hombros?

Me han prometido que estos días permitirán a mi madre y mi esposa visitarme, para que pueda preparar la defensa.

Pienso: ¿qué dirán cuando me vean tan agotado? ¡Cómo llorarán! ¿Comprenderán todos los tormentos físicos y, sobre todo, morales, a que he sido sometido?

Me dejaron después estar una hora fuera. ¡Y fuera se está tan bien! He paseado unos momentos, pero el sol me desmadejó y no pude permanecer más de pie. Me senté sobre una estera, recé y luego estuve tendido, hasta que pasó la hora.

Estoy de nuevo dentro, en mi celda. ¡Qué frío hace y qué humedad! ¡Qué debilitado me siento! Ahora ya anochece. ¡Qué largo se me ha hecho el día! No tengo a nadie con quien hablar.

Un gorrión hizo su nido en el alféizar de la ventana. Llega él también para reposar. Siempre le doy migas de pan.

Espero que vengan con la comida. Pero tampoco los hombres que la traen pueden hablarme. Vienen acompañados por el teniente de servicio y el suboficial. No les está permitido conversar conmigo, pero se comportan, tanto ellos, como el comandante de la prisión, con una delicadeza que para mí es un lenitivo.

El soldado, este ser superior que cumple su deber correctamente, ejecutando de un modo estricto las órdenes recibidas, pero en los ojos del cual no se ve ningún rencor, ninguna maldad. ¡Elegancia del alma! ¡Escuela del ejército rumano! ¡Cuán hermosa es!

Martes 17 de mayo de 1938

Hoy, hacia las diez, entró el teniente y me dijo: “*Vamos arriba; ha llegado su familia.*” Me vestí rápidamente y subí, esta vez solo entre dos centinelas, esforzándome en fortalecer un poco las piernas enflaquecidas y pensando, cómo lo podría hacer para aparentar más fuerte.

Al llegar arriba salió a encontrarme la niña. La tomé en brazos y le besé la cara y los ojos, estrechándola contra mi corazón.

Acompañadas por Lizeta Gheorghiu, estaban mi madre y mi esposa. Ambas me abrazaron y empezaron a llorar. Mi pobre madre tenía las manos heladas. Quince minutos pasaron como un segundo.

Les he preguntado por mi padre. Está encarcelado en el campo de concentración de Miercurea Ciucului. No ha podido visitarle nadie. Los demás hermanos están libres, salvo Horia, condenado a un mes de cárcel.

Han pasado los quince minutos y apenas sé lo que hemos hablado. Lizeta Gheorghiu me había mostrado la lista de los testigos y de los abogados, anunciándome que mañana me van a llevar al consejo.

Me he separado de ellas con el corazón desgarrado. Me duele su dolor.

Viernes 27 de mayo de 1938

Hace hoy una semana, a las cuatro de la madrugada me despertaron y me llevaron al consejo de guerra, con vistas al estudio de los documentos del proceso. Allí fui tratado más humanamente, dándoseme una habitación con cama.

Estuve en contacto con los abogados cada día. Entre viernes, sábado y domingo, tuvimos que examinar veinte legajos de documentos; algo inaudito. En tres días ha sido preciso buscar contra-pruebas: libros, periódicos, debates parlamentarios, prensa extranjera; reunir el material propio: órdenes, circulares, documentos, esparcidos Dios sabe por dónde. Y con tanta más dificultad cuanto que todos los míos, los que habían trabajado conmigo están detenidos, enviados a campos de concentración, o escondidos para no ser arrestados. Como abejas han corrido estos tres días los pobres muchachos, los jóvenes abogados legionarios.

Los grandes letrados Radu Rosetti, Vasiliu Cluj, Paul Iliescu, Mora, hasta Nelu Ionescu, Petrache Pogonat, Ionel Teodoreanu, rehusaron todos defenderme por temor a ser deportados a campos de concentración. Miedo y cobardía.

Por eso toda mi admiración para los abogados: Hentescu, Radovici, Ranetescu, Raúl Iacobescu, Lizeta Gheorghiu, Caracas, Horia Cosmovici, Zamfirescu, Coltescu-Cluj y para toda esta juventud heroica, que no se ha doblegado ante ninguna amenaza, que todo lo arriesgó y que afrontó las tormentas. El lunes por la mañana se abrió la primera sesión. El tribunal militar estaba compuesto por el presidente de la sección primera, el coronel Dumitru, y cuatro oficiales no jurídicos.

Se ha leído la lista de los testigos: faltaban todos aquellos de los campos de concentración, es decir, los hombres con quienes había yo trabajado; los testigos de hecho. Se ha pedido la comparecencia de estos testigos y en consecuencia el aplazamiento. El tribunal ha rehusado la petición de la defensa.

Se ha leído el auto definitivo, lleno de pasión, de maldad y de mentiras. Afirmaciones gratuitas, no demostradas con nada y desprovistas de buena fe, de corrección y del sentimiento del honor.

Por la tarde, desde las cinco hasta las doce de la noche, he hablado yo, durante siete horas sin interrupción, pulverizando una tras otra, todas las acusaciones contra mí producidas.

Al día siguiente apareció en el periódico *Universul*, palabra por palabra, todo lo que yo había dicho, salvo lo referente a la reunión secreta y la cuestión de los depósitos de armamento, que la censura había tachado, por vergüenza.

El martes fui sometido por parte del fiscal a un interrogatorio, el cual contesté punto por punto. En resumen, he sido procesado:

1) Por *traición* (artículos 190 y 191); tenencia y publicación de documentos secretos que interesaban la seguridad del Estado, basándose en seis órdenes policíacas y de

gendarmería, de carácter electoral;

2) Por el artículo 209; relaciones con una potencia extranjera para recibir instrucciones y ayuda con el fin de desencadenar la revolución social en Rumania, fundándose en una carta falsa, la cual no me pertenecía ni vi nunca en mi vida.

3) Por el artículo 210; armamento de la población, para la declaración de la guerra civil, basándose en nada.

En el último momento, es decir, diez minutos antes de darse la palabra al fiscal, se descubre por un verdadero milagro, el autor de la carta por la cual era yo acusado. Un abogado de Râmnicul Vâlcea, Marinescu, leyendo la carta, ve que estaba penetrada de dos ideas:

1) La idea de *economía automática y enriquecimiento mutuo*, palabras, definiciones y pensamientos que no me han pertenecido nunca.

2) La idea de una *alianza económica*.

Recuerda que ha leído algo semejante en alguna parte. Se marcha a Râmnicul Vâlcea y, verdaderamente, halla el libro dado por el autor, con una dedicatoria escrita de su mano. Sobre la cubierta se hallan, como subtítulo, las palabras: *economía automática*, y dentro, en varias páginas, explica este nuevo sistema económico. Hacia el fin del libro, en casi veinte páginas propugna la otra idea, *alianza económica*, con un *crédito internacional*, una *oficina internacional*, etc., y como última casualidad favorable la letra de la dedicatoria es exactamente la misma letra de la carta por la cual soy acusado.

Los abogados vibran todos delante de este milagro y piden al presidente que llame como testigo a Rádulescu-Thánir, autor del libro y de la carta. El presidente rechaza la petición. Algunos de los abogados se van a la casa de este señor. Él reconoce que ha escrito esta carta. Viene hasta la puerta del tribunal, pero se le prohíbe la entrada.

Planteo de nuevo la cuestión: “*Señor presidente y honorable tribunal: se ha descubierto definitivamente el autor de la carta por la cual soy acusado. Es el señor Rádulescu-Thánir, colaborador de Neamul Románesc. No le conozco personalmente. No sé a través de qué misterio ha llegado a mí esta carta. El señor Rádulescu-Thánir reconoce que es suya, que él mismo la ha escrito. Llamádle para que dé explicaciones. Tomad las medidas que creáis convenientes.*”

El presidente rechaza la petición.

Finalmente informan los siete abogados míos. Impecablemente.

Es jueves, a las doce de la noche, cuando el tribunal se retira para deliberar.

En cuanto a mí, me conducen a la habitación y al cabo de media hora me hacen subir al coche celular, que parte hacia Jilava. Estoy tranquilo y con la conciencia en paz. Sé que no soy culpable de nada. Ninguna de las acusaciones que se me han imputado ha quedado en pie.

Estoy otra vez en mi celda. Me acuesto.

Hacia las cuatro me despertó el ruido de pasos y de cerraduras que se abren. Me pongo en pie. Entran el fiscal, el comandante Radu Ionescu, el escribano Tudor, el comandante de la cárcel y los demás oficiales de guardia.

El escribano lee: *“El tribunal militar ha contestado afirmativamente a todas las preguntas. Sois condenado a diez años de trabajos forzados.”*

Permanecen aún algunos minutos, mirándome. El comandante abre grandes ojos y se encoge de hombros. Se van todos. Frente a la gran injusticia que me hiere, estoy sereno; mi conciencia tranquila.

Abro al azar el libro de oraciones de San Antonio. Se abre en la página 119. Leo: *“Haz, Señor, que reciba con tranquilidad cualquier cosa que me envíes entendiendo que es tu voluntad.”*

Domingo 29 de mayo de 1938

Pienso con añoranza en Carmen Sylva. En la orilla del mar. El año pasado por este tiempo estaba allí y preparaba con Totu la apertura del comercio legionario.

Ahora se reúnen otra vez los comerciantes y la vida empieza. En nuestro campamento crecerán malezas y los espinos cubrirán nuestro trabajo. Allí donde, años pasados, todo era vibración, vida, salud, alegría, ahora se extiende el desierto. Y, no obstante, creo que las multitudes que allí van todos los veranos se acordarán de mí.

Al día siguiente de mi vuelta a Jilava, en el nido de gorriones de mi ventana nacieron polluelos. El gorrión va de un lado a otro, todo el día, y les trae de comer. Lo miro. Siempre viene con el pico lleno. ¡Hay tanto gorjeo en su pequeño hogar y tanta felicidad...!

Notas del proceso:

Todo este tiempo fui sometido a una vigilancia extremadamente rigurosa y totalmente inusitada. A mi puerta han estado permanentemente dos gendarmes de guardia y conmigo en mi habitación un suboficial. Igualmente otro suboficial estuvo todo el tiempo a mi alrededor.

Las discusiones con mis defensores, la preparación de la defensa, que siempre es secreta, he tenido que hacerla delante de ellos, más dos agentes de policía.

Los abogados, para poder llegar hasta mí tenían que pasar, desde que flanqueaban la puerta, a través de cuatro cordones de centinelas, y se veían también sujetos a un registro corporal. Las salas estaban llenas de agentes que espiaban a los defensores, a los testigos y a los oficiales.

No podían hablar dos hombres sin que inmediatamente se acercase a ellos un tercero: el agente, el espía... Una atmósfera cargada, ahogadora, flotaba entre los muros del consejo y fuera de él.

Cada abogado o testigo, esperaba de un momento a otro ser arrestado y enviado a un campo de concentración. Han sido arrebatados del banco de la defensa abogados que, en aquel momento, estaban asimilados a magistrados. Tal les ha ocurrido al coronel Rádulescu, a Vlasto, así como a Corneliu Georgescu, a Stánicel y a Popescu Buzan.

A los abogados de provincia que se han inscrito telegráficamente como defensores, les fueron hechos registros nocturnos en sus casas y se les comunicó que si salían de la ciudad, serían detenidos y enviados a campos de concentración.

Finalmente, otros, con muchísimas dificultades han podido penetrar en el edificio del tribunal, pero en el momento de empezar mi defensa, no se les permitió entrar en la sala. Las mesas estaban vacías esta vez. Fuera de los siete abogados que se había decidido que hablaran en la defensa, los demás no han podido entrar.

Mientras que la requisitoria del fiscal, hecha por otros y solamente leída por él, ha sido impresa inmediatamente en ediciones especiales, por orden superior, bajo la amenaza de suspender los periódicos, y leída íntegramente por radio, las palabras de la defensa han sido escuchadas sólo por el consejo, en una sala vacía y no se les ha consagrado en la prensa más que tres o cuatro renglones.

La defensa fue impecable. Horía Cosmovici, Hentescu, Radovici, Lizeta Gheorghiu, Iacobescu, Ranestescu, Caracas: toda mi admiración por vosotros, queridos amigos. Y para todos los demás que habéis sido mis inseparables, que habéis trabajado, habéis corrido, habéis bregado y habéis temblado esperando la justicia.

Como últimas palabras he dicho: “*Honorable tribunal, tenéis en vuestras manos, no mi vida, la cual doy a gusto, sino el honor de toda la juventud de Rumania. Creo en la justicia militar de mi patria.*”

El tribunal tenía que contestar a tres preguntas:

1) Tenencia y publicación de documentos secretos, hecho encuadrado en los artículos 190 y 191. Ahora bien; se ha demostrado hasta la evidencia que las órdenes - aquellas seis - tenían un carácter político. Eran sencillas órdenes policíacas, de persecución contra los miembros de mi organización. Que ellas no afectaban en nada a la *seguridad del Estado*. Que semejantes órdenes han sido leídas en la cámara, han sido publicadas en los periódicos; que muchos hombres políticos tenían órdenes similares. El señor Maniu declaró que en un solo año ha tenido dieciséis, las cuales ha publicado en una memoria. Finalmente, se comprobó que los artículos 190 y 191 se hallan en el capítulo *Delitos contra la seguridad exterior del Estado* y que las palabras *seguridad del Estado* del artículo 190 se refieren a su seguridad *exterior*, y que la tenencia y publicación de aquellas órdenes no pueden encuadrarse en el *delito de traición*.

2) El tribunal tenía que contestar a una segunda pregunta: que he entrado en relación con un Estado extranjero para recibir ayuda e instrucciones con el fin de declarar la revolución social. Afirmación basada en una carta falsa que no me pertenece, y cuyo autor fue descubierto. Es una acusación ofensiva y de mala fe.

3) Finalmente el tribunal tenía que contestar a la pregunta: crimen de armar a la población con el fin de provocar una guerra civil, un golpe de Estado, etc. (artículo 210)

Ahora bien, he demostrado con principios, hechos, documentos y testigos, que jamás nos ha pasado por la mente la idea de desencadenar una guerra civil. Pero no sólo esto: sino ni aún la de causar una agitación por pequeña que fuera, acechándonos el peligro del este a cada error, a cada paso.

Y a pesar de todo, el tribunal - sin ninguna prueba, ni siquiera la más mínima - ha contestado afirmativamente a todas las preguntas, condenándome a diez años de trabajos forzados.

¡Una gran injusticia!

¡Que Dios acepte el sufrimiento mío para el bien y florecimiento de nuestra stirpe!

Dolor sobre dolor, tormento sobre tormento, sufrimiento sobre sufrimiento, herida sobre herida en cuerpos y en almas, tumba junto a tumba, así venceremos...

Viernes 3 de junio de 1938

Continuación de las notas sobre el juicio. La campaña del odio.

No sé si ha existido alguna vez en la vida pública de Rumania, un hombre que haya sido atacado con tanto encarnizamiento, pasión y mala fe, por la prensa entera y por todos los clubes judío-políticos, tal como yo lo fui desde mi detención hasta hoy, durante todo el tiempo de la instrucción, con el fin de preparar mi condena delante de la opinión pública.

No ha existido nadie, en todo el pasado político rumano, sobre el cual se haya concentrado tanto odio. Nadie fue atacado como yo, sin tener la posibilidad de defenderme, sin que nadie me pueda defender.

Buna Vestire y *Cuvantul* han sido fulminadas desde el primer momento, suspendiéndose su aparición.

Nae Ionescu está también en un campo de concentración. Los demás embisten con encarnizamiento; unos por táctica, otros por orden.

Los ataques eran comunicados oficiales del ministerio del Interior.

El periódico que hubiera rehusado publicarlos o se hubiera atrevido, no ya a contradecirlos, sino a discutirlos, habría sido suspendido.

Se han distinguido por sus insultos llenos de villanía *Curentul*, *Neamul Romanesc* y *Capitala*: es decir, los señores Seicaru, Iorga y Titeanu.

Nuestra Iglesia nos condena.

No sé si debería llamar así al discurso del patriarca Miron Cristea a la juventud rumana, en el cual condena con duras palabras al movimiento legionario. La Iglesia ortodoxa toma una actitud abiertamente hostil a la juventud rumana.

Me pasa por delante de los ojos la condena que la Iglesia católica, por sus obispos, lanzaba sobre el movimiento nacional de Alemania, uno o dos años antes de la victoria de Adolf Hitler. ¡En todo caso es doloroso, extremadamente doloroso!

Luchar por la Iglesia de tu patria, en el confín del mundo cristiano. ¡El fuego que al lado nuestro destruye las iglesias, extiende sus llamas hasta nosotros...! Luchamos, nos sacrificamos, caemos, brota la sangre de nuestros pechos para defender las iglesias... ¡y la Iglesia nos condena como *peligrosos para la estirpe*, como *extraviados*, como *ajenos a la nación*!

Un pequeño ejemplo para captar el sentido de esta tragedia. Un niño que no ha visto desde hace mucho tiempo a su padre se precipita hacia él con alegría para abrazarle. Cuando se acerca, el padre le mira fríamente y le golpea sobre la boca, rompiéndole los dientes. No se puede imaginar el tormento y la tragedia del alma del niño, frente a este inesperado golpe. El desengaño, la vergüenza, el dolor físico como respuesta al más puro amor, el dolor moral, no sé cuál es mayor, pero todos juntos destrozan el corazón del niño.

La Iglesia paternal, la Iglesia de nuestros antepasados nos golpea.

El patriarca es también el primer ministro, en nombre del cual se ejecuta todo, y de quien nos vienen cada día tantos tormentos.

¡Señor, Señor, qué tragedia! ¡Y a qué suplicios sometéis a nuestra pobre alma!

¡Qué perturbación en los pechos de miles y miles de jóvenes: campesinos, obreros, estudiantes!

Sábado 4 de junio de 1938

Hoy me he mirado en el espejo y he visto por primera vez, más de diez pelos blancos en la barba, blancos como la nieve. También en la cabeza.

Lunes 6 de junio de 1938

Desde otros calabozos oigo cada noche cantar: “*Con nosotros está Dios. Comprended, gentes y someteos.*”

Y después, una tras otra, todas las canciones legionarias. Está llena la cárcel de legionarios.

Están juntos, creo, en grupos de veinte, en habitaciones comunes. De día les dejan salir al patio, pero yo no les puedo ver. Su número pasa de cien. Son, en proporciones iguales, estudiantes, obreros y campesinos. Estos últimos de la provincia de Ilfor y Masca especialmente. También están los ingenieros de Brasov. Es todo lo que he llegado a saber, porque nadie tiene permiso para comunicarme algo, o para hablarme siquiera.

Desde hace poco, me sacan todas las mañanas y tardes; al principio, durante una hora, pero actualmente por más tiempo. Me he repuesto. Me siento algo mejor, a pesar de que sigue molestándome el dolor sordo en la parte inferior del espinazo.

Cada jueves y domingo, vienen a verme los míos, y, alguna vez, los abogados.

En cuanto a comida, me traen lo suficiente, tal vez demasiado. Espero se me autorice para tener un hornillo de alcohol, a fin de poder calentarme algo, hervirme huevos o hacerme un té.

Todo el día estoy solo y hablo con nuestros muertos, ora a uno, ora a otro. Les veo junto a mí, tal como eran vivos. Andan conmigo por la habitación, se sientan sobre estas mismas tablas. La mayoría han pasado por Jilava: Moța, Marin, Ciumeti, el general, el señor Hristache.

Siempre se hayan todos a mi lado; cuando rezo, rezan ellos también.

Entre tanto leo los Evangelios y, a través del largo tiempo, desde más allá de dos mil años, veo a Nuestro Señor Jesucristo, tal como nos lo describe el Evangelio, igual que si le tuviera a diez pasos de mí. Veo sus vestidos. Le veo cómo avanza lentamente al frente de los apóstoles, cómo levanta el brazo, cómo habla con ellos, cómo bendice a la multitud. Le veo cómo se postra en tierra y suplica: “*Señor, si es posible, haz que pase de mí este cáliz...*”

Le veo como le prenden y como le llevan atado a Anás y a Caifás.

Martes 7 de junio de 1938

“*Todos le han condenado a ser castigado con la muerte.*” (Marcos 14, 64)

“*Y luego ataron a Jesús y le condujeron y entregaron a Pilatos.*” (Marcos 15, 1)

Y resonaba en su corazón la misma oración del huerto de Getsemaní: “*Señor, si es posible que pase de mí este cáliz.*”

Una esperanza se encendió en su alma: “*Tal vez Pilatos le encontrará inocente...*”

En verdad, siente la lucha entre Pilatos y los fariseos. Al final los fariseos vencen.

Otra esperanza aniquilada. Pero sobre el rostro colmado de dolor, de fatiga, un nuevo rayo aparece: es la Pascua. Se acostumbra a dar libertad a un condenado a muerte. Pilatos se dirigirá al pueblo. “*El pueblo sin duda está de mi parte y pedirá mi*

liberación. *¡Le hice tanto bien! He curado a tantos... No es posible que no haya fuera, entre la multitud, por lo menos algunos de los que he curado, porque todos saben que estoy preso. Han venido, seguramente. La multitud está conmigo.*”

Y pasan delante de sus ojos los momentos de hace una semana, de la entrada en Jerusalén, cuando toda la multitud le recibió con ramas floridas, arrodillándose ante Él.

“Una gran muchedumbre de gente tendía por el camino sus vestidos: otros cortaban ramas de los árboles y las esparcían por donde habría de pasar. Y tanto las gentes que iban delante, como las que venían detrás, clamaban, diciendo: ¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!” (Mateo 21, 8-9)

¿Y aquellos que me seguían a millares en las predicaciones? Y sus ojos se iluminaban. ¡Si Pilatos se decide a pedir al pueblo su liberación, está salvado!

Lo difícil es que Pilatos se decida a esto.

Finalmente, Pilatos se decide. Sale al balcón y grita al pueblo reunido: *“¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús que es llamado Cristo?”* (Mateo 27, 17)

Jesús oye desde dentro la pregunta y le parece un siglo el minuto en que espera la contestación.

“No a Él sino a Barrabás.” Y Barrabás era un ladrón.

“¿Pues qué he de hacer de Jesús, que se llama Cristo? Porque no le encuentro ninguna culpa.”

“¡Sea crucificado!”, gritaba la multitud (Mateo 27, 22)

“¿Pero qué mal ha hecho?”

Y más fuerte gritaban diciendo: *“¡Sea crucificado!”* (Mateo 27, 23)

Ellos gritaban a grandes voces y pedían a prisa que fuese crucificado. Y sus voces y las de los sacerdotes han vencido.

Jesús oye y se le oscurece la mirada. Apenas puede creerlo. Parece que también el juicio le abandona.

A golpes le sacan fuera. La multitud grita; pero Él ya no ve, ya no oye nada...

Ahora Él ya no tiene fuerzas. No hace más milagros, porque en el momento en que fue aprisionado, Dios le retiró los poderes, dejándole hombre como yo, como nosotros, para que su sufrimiento sea el máximo: solamente así tendrá el poder de redimir del océano de pecados cometidos hasta entonces y desde entonces para acá, hasta nosotros y hasta el fin del mundo. ⁽²⁹⁾

Si hubiese continuado con los atributos de Dios no hubiese sufrido. No existiendo el sufrimiento, ¿con qué se habrían rescatado los pecados del mundo? Porque el Redentor para eso fue enviado. Por tanto, Él ha pensado, ha sufrido, ha esperado hasta el último momento, como nosotros.

Igual que a nosotros, hombres, le han dolido los golpes. Como a nosotros, la fatiga le ha quebrantado. Igual que a nosotros, las ofensas, las injurias, las injusticias le han traspasado el corazón.

Bajo la lluvia de estos golpes y ofensas que caían sobre su cabeza, desarmado frente a ella, ha suspirado humanamente, ha suspirado como nosotros.

He aquí cómo lleva su cruz. Le veo cayendo bajo su peso, porque nuestra carne humana es débil y cede bajo el peso de las cargas. Enjuga el sudor de su frente. Alrededor no hay más que fieras. Nadie tiene piedad. Nadie llora por Él. Todos ríen. De pronto un pequeño consuelo: hay alguien que entiende sus dolores. Dos ojos le han comprendido. Un corazón que palpita, igualmente que el suyo, en la hora del dolor supremo.

“Seguíale la gran multitud del pueblo, y dos mujeres que lloraban. Pero llegados al lugar llamado Calvario, allí le crucificaron; y con Él a los ladrones, uno a la diestra y otro a la siniestra.” (Lucas 23, 33)

Él no ha sido un atleta para resistir, para oponerse, para luchar hasta el exterminio.

Le veo débil, demacrado y benigno. Tiende su mano extenuada, sin fuerzas, sobre el brazo de la cruz y dice a sus verdugos: *“Clavad...”* ¡Ay! Son momentos, cada uno de los cuales parece un siglo. Ellos toman la mano. Aquí está el clavo. Siente su primer contacto sobre la mano pálida. ¡El primer golpe! ¡El segundo! Ya está su brazo clavado en la cruz. Dolores horribles le atraviesan el cuerpo. Gritaría, pero tampoco para esto tiene fuerzas. ¡Gime!

Lo mismo con la otra mano. Se la tienden para colocarla bien, porque Él está penetrado de dolor y le tiemblan la carne y los huesos todos. Los clavos traspasaban ahora sus pies. Se oyen los golpes del martillo. Cada uno le estremece, le punza el cerebro.

Más tarde una débil voz suspira: *“Tengo sed.”* (Juan 19, 28)

“Y al mediodía se cubrió toda la Tierra de tinieblas hasta las tres de la tarde.” (Marcos 15, 33)

“El sol se oscureció y el velo del templo se rasgó por la mitad.” (Lucas 25, 45)

“¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?” (Mateo 27, 46)

Y después: *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.”* (Lucas 23, 46)

Y yo, de rodillas a los pies de esta cruz, desde la cual, saliendo de un cuerpo de hombre, ha partido hacia Dios el alma de su hijo, rezo: *“Padre nuestro que estás en los cielos...”*

Y al alma que ha subido al cielo, rezo también: *“Acuérdate de todos los míos. Recíbeles bajo tu escudo, perdónales y dales descanso. Dales fuerza a los vivos y victoria sobre los enemigos, para el florecimiento de la Rumania cristiana y legionaria y acercamiento a ti, Señor, de nuestra stirpe rumana, en la esperanza de su resurrección. Amén.”*

Cristo ha resucitado.

“Ha resucitado al tercer día de su tumba. Le he visto.”

“No lo creo.”, contestó Tomás.

Vino Jesús y colocándose en medio de ellos, llamó a Tomás y le dijo: *“Mete tu dedo en las heridas de mis manos y pon tu mano en la llaga de mi costado.”* (Juan 20, 27)

“¡Señor mío y Dios mío!” (Juan 20, 28), exclamó Tomás, después de tocar con sus manos las heridas abiertas de Jesús. Ha resucitado Cristo, sembrando en todo el mundo, hasta el fin de los tiempos, la esperanza de que nunca podremos desaparecer bajo la piedra de la injusticia, por muy pesadamente que gravite sobre nuestros débiles cuerpos.

Resucitaremos, venceremos.

Ha resucitado Cristo, dejándonos la esperanza de la resurrección de entre los muertos; que nuestra vida no se termina aquí, en estos tan efímeros sesenta o setenta años, sino que ella se prolonga más allá; que nos encontraremos de nuevo con nuestros seres queridos y ya no nos separaremos de ellos nunca.

Que resucitaremos de entre los muertos en el nombre de Cristo y sólo por Cristo, es decir, que fuera de la fe en Cristo nadie resucitará, ni será salvado.

Jueves 9 de junio de 1938

Cada noche sueño. Nunca he soñado tanto como ahora.

Viernes 10 de junio de 1938

Hoy por la mañana ha volado el primer polluelo de gorrión del nido que había en mi ventana... ¡Cuánta emoción, cuánto temblor en él...! Los primeros pasos y el primer vuelo a la vida... ¡Cuánta solicitud, cuánta alegría para su madre! Está llena la celda de sus llamadas, de sus exhortaciones. ¡Sólo gorjeo! Marcha con bien, querido mío, en la santa libertad.

Desde hace algunos días anda por la celda un saltamontes. Cuando me acuesto, se acerca a mi cama. Anoche quería posarse sobre mi cabeza. Procuré ahuyentarlo. Espantado, saltó y desapareció. Hoy por la mañana lo encontré inmóvil bajo la estera. Lo recogí y cuidé de él durante una hora. Le di agua en la cual puse azúcar y bebiendo se ha rehecho y voló afuera.

Hacia la una fui llamado arriba, a la secretaría. Una indagación. El capitán Taraneanu, del consejo de guerra, ha venido a investigar si yo he enviado desde la prisión un manifiesto por el cual incitaba a mis hombres a la *venganza*.

Desde luego que era apócrifo.

Hice una declaración en este sentido. ¡Cómo se abaten sobre mi cabeza intrigas de todo género!

Condenado por una carta que no es mía, ahora viene otra.

Creo, no obstante, que el mismo fiscal se ha convencido que es una cosa infundada.

Esta noche, hacia la madrugada, soñé que estaba en una sala llena de gente. Tan llena que ya ni podía respirar. Se han abierto las ventanas. Empezaba la vista de mi recurso... Lacobescu decía que hablaría dos horas. Me desperté.

Me dormí otra vez. Soñé ahora que estaba viajando en un tren con mi madre, mi esposa, la niña y Silvia. El tren se inclinaba tanto hacia un precipicio, que todos creíamos que caería en él. Entonces salté fuera, porque la marcha era lenta, e intenté sostenerlo. Los demás hicieron lo mismo... Ha descarrilado, pero no rodó precipicio abajo.

Lunes 13 de junio de 1938

No he dormido en toda la noche. Creo que tengo los pulmones lastimados. Siento en ambos un dolor casi imperceptible y una calentura permanente. Llamaré al médico.

Penosamente subiré este monte...

Por la tarde me visitaron los abogados, porque el 15, miércoles, es la vista de mi recurso ante el tribunal de casación militar.

Ellos creen que se aplazará por lo menos quince días, porque esta es la costumbre: se presentan nuevos motivos de casación y se da un nuevo plazo.

He estudiado con ellos los motivos; los principales son:

- 1) No se me han aportado los testigos de hecho, los muchachos detenidos en Ciuc, aquellos con quienes he trabajado. Ninguno de ellos ha comparecido.
- 2) He sido condenado por una carta que no me pertenecía y de la cual ha sido encontrado el autor. Éste, por otra carta, reconoce que aquella es suya, en cuanto al contenido y en cuanto a la escritura.
- 3) Encuadramiento erróneo. Ha sido encuadrada mi causa entre los delitos contra la

seguridad exterior del Estado (entre los de traición), aplicándoseme una pena enorme. Las órdenes de cuya tenencia y publicación se trataba no interesaban a la seguridad exterior del Estado, porque no se referían a un peligro proveniente de una potencia extranjera que afectara a la integridad del territorio, a la independencia o a la soberanía.

4) No existe ninguna clase de prueba de que hubiese querido provocar guerra civil. Se habla de depósitos de municiones, pero no se señala ninguno. ¿Dónde están, qué contienen, en poder de quién se han encontrado?

Se me condena sobre la base de simples afirmaciones.

Es algo único en los anales de la Justicia, desde los puntos de vista jurídico y procesal.

Martes 14 de junio de 1938

Hoy vino a verme Lizeta Gheorghiu. Los demás abogados estudian el proceso.

Le he confiado, con esta ocasión, un pequeño testamento familiar, que hice aquí, en mi celda.

Mañana será la vista del recurso.

He acabado de leer las Epístolas del apóstol San Pablo. Quedé profundamente impresionado. Confieso que hasta ahora sólo había leído algunas y sin profundizarlas suficientemente. Más tarde escribiré sobre ellas, pues merecen un estudio completo.

Miércoles 15 de junio de 1938

Cuando he terminado la lectura de los Evangelios, he entendido que estoy aquí, en la prisión, por la voluntad de Dios; que a pesar de no tener ninguna culpa bajo el aspecto jurídico, Él me castiga por mis pecados y pone a prueba mi fe. Me he tranquilizado. Ha descendido la serenidad sobre el tormento de mi alma, como baja tranquila la tarde en el campo sobre los tormentos, las agitaciones y las pasiones del mundo. Hombres, pájaros, animales, árboles y hierbas, la tierra labrada y revuelta por las rejas de los arados, todo entra entonces en reposo... ¡Pues fuertemente he sido atormentado...!

Mucho ha sufrido la pobre carne mía. No creo haber sufrido nunca más que ahora.

La fe y el amor no los he perdido, pero sentí que, en un momento dado, se me ha roto el hilo de la esperanza.

Atormentado físicamente como un perro, están llenos mis vestidos de sufrimiento (hace sesenta días que duermo vestido sobre la tabla y sobre esta estera; sesenta días y sesenta noches hace que mis huesos absorben como una esponja la humedad que brota de las paredes y del suelo)

Desde hace dos meses no cambio ni una palabra con nadie, pues nadie de aquí tiene permiso para hablarme. Y al mismo tiempo me encuentro atacado en mi ser moral, acusado de traición, declarado extraño a la estirpe, como no siendo rumano ni por parte del padre ni de la madre, señalado como enemigo del Estado, abrumado de golpes y atado con las manos a la espalda: es decir, no teniendo ninguna posibilidad de defenderme.

Con el corazón oprimido al pensar en el sufrimiento, en las vejaciones, en los malos tratos de todos los míos, familia y camaradas, he sentido que en mí se ha roto uno de los tres hilos invisibles, que unen al cristiano con Dios: la esperanza. Me entristecí

profundamente. Sentía que me ahogaba.

Pero lo he atado de nuevo, luchando día por día. ¿Cómo? Leyendo los cuatro Evangelios. Cuando los terminé, he sentido que tengo de nuevo la fe, la esperanza y el amor.

Acabo de leer ahora las Epístolas del apóstol San Pablo, de donde he sacado pruebas decisivas sobre la existencia de la resurrección y el poder del Redentor Jesucristo. Me han impresionado:

- 1) la sinceridad y la pureza espiritual del santo apóstol;
- 2) su vida íntegramente cristiana, sin mancha;
- 3) los peligros y sufrimientos que ha pasado por el Señor;
- 4) la serenidad e incluso alegría con que aceptaba estos sufrimientos;
- 5) su fuerza de animar aún a otros para que no vacilasen ante los sufrimientos y persecuciones;
- 6) un amor santo, de una altura conmovedora, para todos los hermanos cristianos, hijos suyos espirituales;
- 7) un ardor invicto y raramente conocido entre los apóstoles de una fe, por predicar incesantemente al Redentor Jesús a todas las gentes;
- 8) su gran ciencia y sabiduría.

Casi en cada Epístola empieza diciendo: *“Yo, el encarcelado, que me hallo entre cadenas por la fe en Cristo, Señor nuestro.”* En otra escribe a Timoteo: *“Date prisa en venir pronto a mí.”* También él sentía deseo de ver a alguien.

“Cuando vengas tráeme el abrigo.” También él tenía frío en su celda.

Finalmente, cuando más penetramos en el sentido de las Epístolas, llegamos a estas conclusiones:

- 1) Que no somos cristianos; que estamos lejos de serlo. ¡Cuán lejos...!
- 2) Que nos cristianizamos en forma, pero nos descristianizamos en contenido.
- 3) Que la humanidad ha sufrido este proceso de descristianización a lo largo de los siglos hasta nosotros, con pequeños saltos hacia las profundidades de la fe... La cristianización de superficie parece que ha preocupado sobre todo a la humanidad.
- 4) La característica de nuestro tiempo es que nos ocupamos de la lucha entre nosotros y otros hombres, no de la lucha entre los mandatos del Espíritu Santo y los apetitos de nuestra naturaleza terrena. Nos preocupan y nos complacen las victorias sobre los hombres, no la victoria contra el diablo y el pecado. Todos los grandes hombres del mundo de ayer y de hoy: Napoleón, Mussolini, Hitler, etc., se han afanado especialmente por las luchas y triunfos exteriores. El movimiento legionario forma excepción, ocupándose también, aunque insuficientemente, de la victoria cristiana en el hombre, con vistas a su salvación. La responsabilidad de un jefe es muy grande. Él no debe deleitar a los ojos de sus ejércitos con victorias terrenales, dejándolos al mismo tiempo impreparados para la lucha decisiva, de la cual el alma de cada uno se puede coronar con la victoria de la eternidad, o con la derrota eterna.
- 5) Finalmente, falta - por lo menos entre nosotros - una élite sacerdotal que haya conservado el fuego sacro de los antiguos cristianos. Falta una escuela de gran altura y gran moralidad cristiana.

Viernes 17 de junio de 1938 (por la mañana)

El miércoles, hacia las cinco, vino mi esposa con su madre. Me dijeron que la vista de mi recurso no se había aplazado como era lo usual, sino que se celebraba por la tarde a las cinco, debiendo continuar en una sesión nocturna. Mi esposa me contó que ha sido llamada al cuerpo de gendarmes de Baneasa, donde la retuvieron desde la mañana hasta la una y media, para decirle al final que ya no tiene permiso para entrar en nuestro domicilio, en la Casa Verde; que vaya el viernes a empaquetar sus cosas y que el domingo se las lleve donde quiera.

Estaba pálida de indignación. ¡Sacar las cosas de la casa! ¿Adónde llevarlas? ¿Dónde vivir? Yo, en la prisión; mi mujer, sin ninguna defensa, echada a la calle con la niña.

¡Qué falta de humanidad...! ¡Qué falta de cortesía! Estamos los tres pensando: ¿adónde? ¿adónde?

Les doy algunas direcciones, para tantear. No tenemos dinero para pagar el alquiler de una casa...

Le dije que si se me rechaza el recurso seré trasladado de aquí a Doftana.

Ella quiere venir, con la niña, a vivir en la aldea más cercana a la prisión.

Le confesé que he dejado a Lizeta Gheorghiu mis disposiciones testamentarias y fui esbozando en algunas palabras su contenido.

Lloraban las dos: la niña, apenas tiene cuatro años, y no entiende nada de toda la tragedia de estos momentos, en que las sombras de la muerte empiezan a extenderse sobre los pensamientos de una familia.

Después de los quince minutos reglamentarios se han marchado.

Ahora es viernes por la mañana. Todavía no he llegado a saber el resultado del juicio.

En nuestra casa, a esta hora, mi esposa recoge nuestro ajuar y llora sobre sus desdichas.

Pero no es posible que todo quede así. Volveremos otra vez.

Viernes 17 de junio de 1938 (por la noche)

Hace media hora vinieron los abogados y me dijeron que se ha rechazado mi recurso al tribunal de casación militar.

Todos estaban tristes y abatidos.

Quedé con ellos unos quince minutos. Les he preguntado cómo se han desarrollado los debates y lo contaron en algunas palabras. Nos hemos despedido. Vuelto a mi celda, me senté en el borde de mi cama de madera y recé: “*Padre nuestro, Señor, hágase tu voluntad.*”

Domingo 19 de junio de 1938

Esta noche, alrededor de las doce y media, cuando me esforzaba por dormir, oí pasos acercándose a mi celda; ruido de cerraduras y la puerta se ha abierto.

Era el teniente de servicio con el primer guardián. Han venido a anunciarme que voy a partir para Doftana. Me levanté, me vestí de prisa, recogí mis cosas en dos maletas y en la manta, hice la oración y abandoné, con el pensamiento proyectado hacia lo desconocido, esta morada del dolor y de mis tormentos.

Quedad con bien vosotros, legionarios, queridos camaradas, que a centenares sufrís

entre estos muros.

Rodeado de cuatro centinelas, llego a la secretaría. Aquí se me ha hecho un detallado registro corporal. Se han inspeccionado mis bolsillos y he sido palpado con atención en el cuello, en las mangas, por encima de toda la ropa; hasta mis zapatos fueron registrados. Con el mismo celo ha sido examinado mi equipaje.

Me he despedido del coronel Brusescu, comandante de la prisión, y de los oficiales, que en el cumplimiento de su deber se han portado conmigo con mucha elegancia de alma. Un comandante de gendarmes, un capitán (el mismo que me ha traído de Predeal y después al consejo de guerra), en cuyos ojos he podido leer un sentimiento de compasión por todas las desgracias que se abatían sobre mí, un alférez - que fue guardia mío durante el proceso -, también él muy delicado, y un comisario de policía, me tomaron a su cargo.

He subido a un taxi, teniendo a mi derecha al comandante, enfrente al capitán y junto al chofer a un sargento instructor.

Ante nosotros marchaba otro coche con policía y, detrás, un camión con treinta gendarmes.

Eran las dos de la madrugada. Una noche espléndida. Sobre el cielo se proyecta la luz de la capital, a la cual nos acercamos.

He aquí que por este camino estuve hace dos años, en el pueblo del profesor Dobre, uno de mis buenos comandantes legionarios. Allí he parado una vez el coche para comer. Y los recuerdos empiezan a devanarse...

Entramos en Bucarest. Cuanto más nos acercamos al centro de la ciudad, tanto más conocidos se me hacen los lugares.

El coche pasa por la calle de Esteban el Grande, a pocos metros del restaurante que teníamos en Obor. Miro. Distingo el edificio sombrío, sin los hermosos rótulos legionarios que lo adornaban dos meses atrás. Seguimos el camino acostumbrado por el cual regresaba a la Casa Verde.

Después, en la Plaza de la Victoria, tomamos por la carretera de Ploesti. ¡Otros recuerdos! Es el camino que seguía a menudo en el coche, guiado por el fiel Hilano, hasta Predeal, mi lugar de descanso. Estaba yo entonces con mi esposa, con la niña, con los legionarios. Ahora, entre guardias, voy, condenado a diez años de prisión, hacia Doftana.

Por la carretera alcanzamos un carro de heno, al cual estaban uncidos seis pares de hermosos bueyes. ¡Buen augurio, quizá! Nos acercamos a Ploesti. Son más de las tres. El poder de la noche empieza a menguar y en el horizonte se muestran, avanzando, los primeros heraldos de la luz.

De vez en cuando hablo con el comandante y descubrimos que hemos seguido juntos los cursos de la escuela militar en Botosani, hace veinte años, acabando él unos seis meses antes que yo. Recordamos aquellos tiempos, a los camaradas, a los oficiales.

Entramos en Ploesti y atravesamos las silenciosas calles de la ciudad. La gente duerme.

Salimos hacia Campina. Desde detrás de las colinas irrumpe la luz. El capitán se está adormilando. Yo pienso en días mejores. ¡Paciencia por el camino del sufrimiento!

Voy adelante con el pensamiento hincado en la esperanza.

Después de un rato se abre a la izquierda, hermoso y luminoso, el valle de Prahova. El agua corre quietamente, escurriéndose entre arenas. Bajamos para pasar el puente y subir hacia las primeras casas de Campina. Mujeres con cestas llenas van al mercado.

Desde el centro de la pequeña y limpia ciudad, nos dirigimos hacia la derecha y

después de dos kilómetros, ante nosotros se abre, lleno de grandeza, el valle de Doftana. Allí, sobre una colina, se levanta una fortaleza con aspecto medieval, toda rodeada de verdor. Es la cárcel de Doftana, la losa de los condenados a prisión perpetua, adonde marchamos.

¡Cuánta belleza nos rodea! Una mañana de aquellas de rara hermosura, llena de bendición divina. Apunta el sol entre los árboles de la colina y vierte luz dorada sobre el verde circundante, sobre el agua del valle.

Hemos llegado. Los oficiales y los gendarmes bajan para avisar al director de la prisión. Yo permanezco aún en el coche. Los empleados, despertados del sueño, se reúnen uno a uno. Soy conducido a la secretaría. Director, subdirector, empleados... No conozco a nadie. Los funcionarios parecen hombres honrados; el director y el subdirector, personas distinguidas.

Las mismas formalidades de un cuidadoso registro, desde los bolsillos hasta los zapatos. ¡Qué humillantes son estas perquisiciones reglamentarias! Las soporto con resignación.

Se me comunica que en la prisión no está permitido el color verde. Me quitan el jersey verde que traía y en cambio se me permite ponerme uno blanco. También me quitan unos puños de lana de aquel color y otras cosas.

Finalmente, soy conducido al interior de la prisión que presenta un aspecto muy cuidado. Al fondo percibo una pequeña iglesia. ¡En ninguna parte falta Dios!

A mano izquierda, en un corredor, hay una celda blanca, recién pintada, alta, con ventanitas cerca del techo, de modo que no se puede mirar por ellas. Tiene unos cinco metros de largo por dos y medio de ancho. Es mi nuevo calabozo donde habré de vivir.

Al fondo se encuentra una cama de hierro, con un jergón de paja, con almohada y manta. El suelo, de cemento, está cubierto con dos esteras. Una mesita de madera y dos sillas pequeñas forman todo el mobiliario.

Se me anuncia que, estando condenado definitivamente a seis meses de prisión correccional, tendré licencia para salir cada día al patio de enfrente de la celda. Después de pasar por el tribunal de casación la condena de diez años, se me aplicará el régimen de trabajo forzado, o sea, el de permanecer encerrado todo el día en la celda, con una sola hora diaria de paseo.

Ahora me puede visitar la familia cada dos semanas, entonces, cada dos meses. Tengo autorización para escribir a los míos cada semana; cuando llegue la condena definitiva, una vez al mes.

¡Penoso...! ¡Muy penoso...! Pero nos someteremos sin murmurar.

Me he tendido en la cama. Estoy cansado y tengo frío. Parece que hace tanto frío como en Jilava. Me duermo, pero un ruido me hace despertar. Miro a mi alrededor. Un ratón, subido sobre la mesa, había empezado a roer la comida de un paquete. Lo ahuyenté.

De nuevo he dormitado y desperté de nuevo. Estuve así hasta las doce, volándome lejos los pensamientos.

Me trajeron para comer sopa con carne. He probado un poco de carne y algunas cucharadas de sopa. Salgo al patio, vuelvo a la celda, me acuesto, me levanto y así paso el día. La cena consistía en sopa sin carne. No tengo apetito.

Por la noche, después de cenar, me ha examinado el médico de la prisión. Una mala noticia. Me encontró las puntas de los pulmones y la parte inferior atacados. Me ha dado una receta. Inyecciones de calcio, una pomada para untarme y algo para recuperar el apetito.

Mis pobre pulmones no pueden sufrir más.

Después que he sido atacado en mi ser moral, después que he sido tratado con barbarie desde el punto de vista físico, ahora viene sobre mí un tercer ataque: me atacan los microbios.

¡Pero Dios ve y recompensará!

El último discurso

Así sube el capitán, con el alma cargada de amargura, hacia la última etapa de su calvario. Pues si todas las mentiras y calumnias con que le salpican los grandes del día, si todas las maquinaciones infames que se urden en torno suyo, no le pueden arrancar del alma de su pueblo, un sólo camino queda aún abierto a los perseguidores: es el camino de la supresión, camino por el que tantos otros tribunos han caído pagando la culpa de haber pedido un poco de justicia para una nación entera.

Y Corneliu Zelea Codreanu había amado demasiado a su patria. Demasiado había sangrado por el dolor de ella. Demasiado se había galvanizado a su alrededor la conciencia de la stirpe. Demasiado se había opuesto con todas sus fuerzas a la desintegración de los fundamentos nacionales y cristianos del Estado, levantando a una generación entera hasta las cumbres de una alta espiritualidad y trazando definitivamente al porvenir rumano el camino luminoso de su destino. Por todas esas culpas, culpas enormes en la concepción torcida de una falsa democracia de tipo balcánico, su perdición fue jurada. El oro de la traición no se escatimará, y almas asequibles a él ornaban en abundancia el fresco de la vida política de entonces.

En la noche del 29 al 30 de noviembre de 1938, una pseudo-oficialidad sin Dios y sin ley, una pseudo-oficialidad extraña a las aspiraciones legítimas de la stirpe rumana, capitaneada por el rey Carol II y su manceba Elena Wolf (Lupescu), consume el último acto de la gran infamia, de la máxima infamia quizá, inscrita en los anales de este funesto reinado. Corneliu Zelea Codreanu, junto con otros trece camaradas suyos, figuras prominentes del movimiento legionario, son asesinados.

Subidos a una camioneta, bajo el pretexto de volverles a Jilava, los catorce legionarios, encadenados de pies y manos (tal como ha podido reconstituirse el crimen más tarde), emprenden el último viaje hacia el lugar del suplicio, preparado por voluntad humana. Y mientras el siniestro vehículo hiende arrollador las sombras nocturnas, son estrangulados por la espalda, con cuerdas, por catorce gendarmes, verdugos cuidadosamente seleccionados para este fin.

Pero allí, en medio de la carretera solitaria, bajo el sudario tenebroso de la noche, no se mata sólo a un hombre. Se intenta matar un símbolo de renovación nacional, se intenta matar la esperanza en días mejores que el capitán había encendido en el alma rumana, se intenta matar a una stirpe que entraba victoriosamente por el camino de su rescate.

En un rincón perdido del bosque de Jilava, una tumba sin cruz y de nadie conocida, guardó durante dos años cerrado en sus entrañas, mezclada con cal y vitriolo para borrar cualquier huella, el aterrador testimonio de una demencia regia.

Pero la locura es vana. El martirio santo remueve en sus profundidades el ser de la nación. Desde la torre del templo nacional, una campana invisible enviará tañido de duelo y todo un pueblo, comulgando en el sufrimiento, murmurará su oración de fe sobre la tumba desconocida, donde el palpar triste de una lamparita, no habrá de velar hasta años después.

El hecho fue estigmatizado por toda conciencia honrada. Muchas energías hasta entonces latentes se despertaron y así el divorcio entre el país y el rey-verdugo, y con sus siervos traidores, se hizo definitivo. Sobre la alegría desvergonzada de la favorita del palacio y sus connacionales, sobre las carcajadas de satisfacción salidas de la oscuridad de logias siniestras, la juventud rumana, coronándose de nuevo con las espinas de la muerte, jura llevar adelante la llama viva de su capitán, llevarla hacia las

cimas de gloria de la verdad rumana.

Dos años agonizará aún el reinado carlista. Son dos años de satánico desencadenamiento para aniquilar la Legión de San Miguel Arcángel y todo el edificio creado por Corneliu Zelea Codreanu. Las prisiones se llenan de nuevo. Las matanzas se cometen ahora en masa, diseminando muchas tumbas sin cruz ni nombre sobre la carne ensangrentada de la nación. Cuerpos torturados en las cuevas policíacas son dados como pasto a los humeantes crematorios. Miles de rumanos de todos los estratos sociales, transfigurados por el gran sacrificio del capitán y bebiendo en el cáliz de su martirio, se alinearán serenos y despreciando la muerte, ante las ametralladoras de la gendarmería. Y cuando la descarga homicida les penetra la carne y destroza los pulmones, con la última gota de la vida que se extingue, murmuran como luminosa profecía para la Historia, la verdad suya: “*¡Viva la legión!*”

Pero el terror cesa bruscamente en la noche del 3 al 4 de septiembre de 1940, cuando la ira de un pueblo traicionado se desborda por las calles. Carol II, espantado y solo, abdica, huyendo a través de las fronteras con su siniestra manceba. Pero le persigue y le perseguirá por doquiera la maldición de un país desgarrado en todos sus confines, la maldición de un ejército humillado por el abandono sin lucha de tierras rumanas, la maldición de las madres, esposas y niños huérfanos, la maldición de los miles de asesinatos anónimos que han ahogado vidas sin mácula, vidas purificadas en magnánimo impulso hacia la verdad. Detrás de él, sus acólitos recibirán el castigo que merecen por todos sus miserables crímenes, así como ya en septiembre de 1939 lo recibió Armand Calinescu, aquel verdugo ministro del Interior, por cuya orden directa fue asesinado el capitán.

Hoy Rumania paga otro tributo de sangre. Siguiendo la línea del martirio histórico, otros holocaustos santos, incontables holocaustos santos, se inscriben en páginas de epopeya nacional. Con el ideal del capitán, nuevos sufrimientos y torturas se ofrecen al cielo, para la purificación de una estirpe y la cimentación de su patrimonio espiritual. Pero los perseguidores de hoy, como los de ayer, caerán. Pues sobre las voluntades humanas la voluntad de Dios se hará sentir.

El capitán murió, pronunciando con su muerte el último discurso para su pueblo. Y este discurso será escuchado religiosamente a través de los siglos rumanos.

“Enviarán para detenernos y matarnos. Huiremos; nos esconderemos; lucharemos; pero al final seremos, seguramente, vencidos. Pues nosotros seremos pocos, perseguidos por batallones y por regimientos rumanos. Entonces recibiremos la muerte. La sangre nuestra, la de todos, correrá. ¡Este momento será nuestro más grande discurso, dirigido al pueblo rumano, y el último!” (Corneliu Zelea Codreanu)

Notas

- (1) Una noticia biográfica más amplia puede encontrarse en el excelente libro de Carlo Sbulati: *Codreanu, el capitán*, Acervo, Barcelona, 1970.
- (2) *Guardia de Hierro*, de Corneliu Codreanu, Omul Nou, Múnich, 1972, pág. 21.
- (3) *Ibíd.*, pág. 35.
- (4) *Obras completas*, de José Antonio, Madrid, 1966, pág. 196.
- (5) *Guardia de Hierro*, pág. 170.
- (6) *Ibíd.*, pág. 167.
- (7) *Ibíd.*, pág. 288.
- (8) *Ibíd.*, pág. 259.
- (9) *Ibíd.*, pág. 253.
- (10) El *Diario de la cárcel* constituye una excelente introducción para esta historia. A quienes deseen conocerla con más amplitud les recomendamos (además de las obras ya citadas): *Histoire du mouvement légionnaire*, de Horia Sima, Dacia, Río de Janeiro, 1972; y *Codrănu și ta garda de fer*, de Paul Giraud, *Ibíd.*, sin fecha.
- (11) La primera edición, completamente agotada, fue impresa en Barcelona en 1952.
- (12) Sobre el concepto legionario del *hombre nuevo*, recomendamos leer: *Omul nou*, de Horia Sima, Múnich, 1964; *Testemunhos para um homem novo*, de Ernest Bernea, Dacia, Río de Janeiro, 1970; y *Les trois légionnaires*, de Faust Bradesco, Prométhée, Paris, 1972.
- (13) *Guardia de Hierro*, págs. 260 y 261.
- (14) *Diario de la cárcel*, miércoles 15 de junio de 1938.
- (15) *Guardia de Hierro*, págs. 370 y 371.
- (16) *Rumania, centinela del este, no debe morir*, de Agustín de Foxá, Madrid, Carpatu, 1959.
- (17) Audiencia del 4 de marzo de 1940 con el Episcopado Católico Rumano del Rito Oriental, en *Persecución religiosa en Rumania, en su hombres y realidades de nuestro tiempo*, de Jorge Uscatescu, Madrid, Rialp, 1961, pág. 157.
- (18) *Recuerdos de la Guardia de Hierro*, de Sergio Miranda Carrington, Madrid, 1969, pág. 429.

- (19) *¿Qué es el nacionalismo?*, de Horia Sima, Madrid, Fuerza Nueva, 1976, pág. 55.
- (20) *Per la realizazione della Romania Legionaria, proclamazioni, discorsi, avviamenti*, de Ion Antonescu, Imprimeria Nationala, Bucaresti, 1940, pág. 136.
- (21) *Guardia de Hierro, mística guerrera*, de Julius Evola, México, s/rn/ed, 1984, pág. 2. La entrevista entre Evola y Codreanu tuvo lugar en Bucarest, en marzo de 1938. Fue publicada en *Il Regime Fascista*, N^{ro}. 11, del 22 de marzo de 1938 y en el *Bolletino del Centro di Studi Evoliani*, N^{ro}. 17, del mes de abril de 1976. Se incluye en esta edición.
- (22) XL Aniversario de la fundación del Movimiento Legionario Rumano (1927-1967), en *Declaración referente a la situación del mundo libre y a la tragedia del pueblo rumano*, Madrid, s/m/ed, 1967, pág. 12.
- (23) Véase al respecto: *La gar de fer et le terrorisme*, de Faust Bradesco, Madrid, Carpat Traian Popesco, 1979.
- (24) *El testamento de Ion Moța*, Colectia Europa, Múnich, 1984, pág. 21.
- (25) *Corneliu Codreanu*, artículo manuscrito inédito, de Juan D. Romanus.
- (26) *Guardia de Hierro*, de Corneliu Codreanu, Colectia Omul Nou, Múnich, 1972, págs. 249 y 250. Este texto se encuentra citado en la presente edición.
- (27) *Manual del jefe*, de Corneliu Codreanu, Buenos Aires, M.A.C., 1996, pág. 60.
- (28) La versión francesa, a partir de la cual se ha hecho esta traducción es la de Philippe Baillet, publicada en la tradicional revista *Totalité*, N^{ro}. 3, del año 1977.
- (29) Estas palabras de Codreanu, referidas a la *kénosis* (anonadamiento) de Cristo (véase Filipenses 2, 6-11), pueden prestarse a equívocos, como si Jesús durante su pasión hubiera sido despojado de su naturaleza divina. Es menester considerar que el capitán no usa aquí un lenguaje técnico-teológico, sino que medita la pasión de Cristo a la luz de su propia experiencia de abandono.

“Todos los grandes hombres del mundo de ayer y de hoy [...] se han afanado especialmente por las luchas y triunfos exteriores. El movimiento legionario forma excepción, ocupándose también, aunque insuficientemente, de la victoria cristiana en el hombre, con vistas a su salvación.”

(Corneliu Zelea Codreanu)

